

BIANCA

Boda de sociedad

Helen Bianchin

Boda de sociedad

Faltaban dos semanas para su boda con Carlo Santangelo… y era demasiado tarde para que Aysha se lo volviera a pensar. Todo el mundo esperaba a ver una novia deslumbrante que ese día realizaría su sueño, y el de cuantos la rodeaban, puesto que el matrimonio sellaría la alianza de dos poderosas familias…

Aysha sabía que iba a adquirir riqueza y una envidiable posición social, por no hablar de un marido increíblemente atractivo. El único problema era que Carlo no tenía intención de renunciar a su seductora amante. Y Aysha, profundamente enamorada de su prometido, quería mucho más que un matrimonio de conveniencia…

CAPÍTULO 1

Buenas noches, cara. Vas a pasar la noche por allá mismo, ¿no?

Aysha asintió con sutileza, mucha sutileza. Siempre se sorprendía con la manera como su madre conseguía dar una orden bajo la forma de una sugerencia, y decirlo en tono de una pregunta educada.

Claro que pasaría la noche fuera de casa. Como si tuviese elección. Desde que tenía uso de razón, su vida siempre fue dirigida por otros. La mejor escuela privada, los cursos extracurriculares privados, las vacaciones en el exterior... todo. También había estudiado valet, equitación e idiomas. Oh, y hablaba italiano y francés fluidamente. Todo aprendido bajo la dirección ajena.

Aysha Benini era el producto de la educación de sus padres. Siempre a la moda, elegante y con estilo, ella era una especie de "prueba visual" de la riqueza y el estatus de la familia. Algo que precisaba ser ostentado a cualquier costa. Y hasta incluso su carrera como decoradora de interiores parecía agregar un toque de glamour a la imagen de la familia.

¿Querida?

Al oír la voz de su madre, Aysha atravesó la sala y la besó en el rostro.

Si, es probable que pase la noche por allá –respondió.

Teresa Benini arqueó una ceja con elegancia.

Tu padre y yo no vamos a quedarnos a esperarte.

Aysha asintió. Sabía muy bien lo que aquello quería decir. Con un suspiro, verificó el contenido de la carterita que llevaría, tomó las llaves del coche y se encaminó hacia la puerta.

Ciao. Nos veremos después -dijo a su madre, mientras abría la puerta.

Diviértete, cara.

¿Qué Teresa Benini consideraba divertirse?, Aysha se preguntó mientras caminaba hasta el auto. ¿Disfrutar de una cena magnífica en un restaurante chic, en compañía de Carlo Santangelo, y después tener una larga y ardiente noche de amor?

Aysha se sentó al volante de su Porsche Carrera negro. Entonces encendió el motor y arrancó, accionando el botón que abría el portón automático. Segundos después, estaba camino a la ciudad.

A cierta altura, un haz de luz alcanzó el solitario en el dedo anular de su mano derecha. Lindamente diseñado, y escandalosamente caro, el anillo de diamantes era el símbolo de la futura unión entre la hija de Giuseppe Benini y el hijo de Luigi Santangelo.

"Benini-Santangelo", pensó ella, con cierta amargura, mientras

recorría las movidas calles de la ciudad. Dos inmigrantes, dueños de propiedades vecinas, en una ciudad al nordeste de Italia, habían viajado a Sydney al final de la adolescencia. Su padre y el padre de Carlo. Al llegar a la capital del nuevo país, ambos habían comenzado a trabajar en dos empleos todos los días de la semana y a ahorrar cada centavo que ganaban, hasta conseguir comenzar un negocio en el ramo del cimiento, cuando tenían veinte y pocos años.

A lo largo de los cuarenta años siguientes, Benini-Santangelo se convirtió en un nombre poderoso en la industria de Sydney, con una inmensa fábrica y un negocio billonario.

Cada uno de ellos se casara algún tiempo después y tuvo un único hijo. Cada una de las parejas vivía en mansiones suntuosas, tenía autos lujosos y había dado a sus hijos la mejor educación que el dinero podía comprar.

Las familias habían mantenido una relación estrecha a lo largo de los años. El vínculo entre ellas era casi tan intenso como la de una familia.

La New South Head Road llevaba a Rose Bay, y Aysha aprovechó para admirar el paisaje por un instante. A las seis y media de la tarde, con el sol del verano reflejándose ya pálidamente sobre él, el mar recordaba una inmensa joya azulada, envuelta por un cielo decorado por las primeras estrellas de la noche. Los altos edificios de la ciudad presentaban diferentes tipos de arquitectura, creando un espléndido marco de fundo para el Opera House y un bellísimo paisaje para Harbour Bridge.

El tráfico se fue tornando más intenso conforme Aysha se fue aproximando al centro de la ciudad. Por eso, ya eran casi las siete cuando entró en la curva que daba a la entrada del hotel y dejó el coche a los cuidados del ballet parking.

Ella podría, ó mejor dicho, debería haber permitido que Carlo la recogiese en su casa. Sería más práctico, más sensato. Entre tanto, aquella noche ella no se estaba sintiendo exactamente sensata.

Saludó a la recepcionista con una ligera inclinación de cabeza y se dirigió al hall. Estaba casi llegando a los sofás de espera cuando una familiar voz masculina le llegó a los oídos. Carlo.

Sólo de verlo, Aysha sintió su corazón dispararse. Al final de la casa de los treinta años, Carlo tenía un metro ochenta y dos, y un físico simplemente envidiable. Su guapo rostro recordaba una escultura detalladamente trabajada, con un mirar intenso y labios más que perfectos. El formato del mentón cuadrado era casi siempre amenizado por la sonrisa encantadora que esporádicamente curvaba sus labios, dejándolo con una apariencia peligrosamente atractiva. Los

cabellos castaño oscuros tenían un corte impecable y los ojos negros parecían capaces de leer el alma de Aysha, siempre que ella se encontraba delante de ellos.

Aysha.

Él se inclinó y la besó levemente en los labios, antes de agarrarle las manos.

¡Dios, que guapo!, pensó Aysha, probablemente por milésima vez. Como si no bastase, aquel perfume masculino de esencia amaderada la dejaba excitada, siempre que él se aproximaba y la besaba de aquel modo. ¿Será que Carlo se sentía tan afectado por la presencia de ella como ella siempre que lo tenía por cerca?

Eso era poco probable, concluyó, acordándose del contexto en que ambos se habían conocido. Bianca había sido el primer amor de la vida de Carlo. Una linda joven con quien él se había casado diez años antes y que muriera en un terrible accidente de auto pocas semanas después del casamiento. Aysha había derramado lágrimas silenciosas en ese casamiento, y después llorara abiertamente en el funeral de Bianca.

En el intento de olvidar el sufrimiento, Carlo se dedicara completamente a su trabajo, lo que lo llevara a ser considerado en el mundo de los negocios como uno de los mejores estrategas del país.

Él ya había salido con muchas mujeres, aprovechando seleccionadamente lo que ellas tenían para ofrecer, pero sin pensar en encontrar una sustituta para Bianca.

Eso hasta el año anterior, cuando él pasara a prestarle más atención a Aysha y a demostrar el interés de estrechar la relación entre los dos.

La propuesta de casamiento la tomó por sorpresa, aunque Aysha estaba enamorada de él desde siempre. Pero su amor no era correspondido, y ella lo sabía. Su casamiento con Carlo serviría apenas para reforzar el poder del conglomerado Benini-Santangelo, dando inicio a una nueva generación de herederos en la familia.

¿Tienes hambre?

La voz de Carlo la trajo de vuelta a la realidad.

Famélica –respondió con una sonrisa, y con un súbito brillo de ánimo en la mirada.

Entonces, vamos a cenar.

Carlo pasó su brazo por la cintura de ella y la condujo hasta los elevadores.

El restaurante quedaba en la terraza del hotel y era cercado por vidrios, ofreciendo una bellísima vista de la ciudad y el puerto.

¿Tuviste un mal día? –le preguntó él, al salir del elevador, ya dentro del restaurante.

Aysha lo miró de soslayo. Nunca conseguía esconderle nada a Carlo.

Hum-hun –confirmó. – ¿Por dónde quieres que comiences? –contando con los dedos, prosiguió: – ¿Por un cliente enojado, un gerente de tienda más enojado aún, un tejido importado que fue rasgado por accidente, ó por el centésimo ajuste de mi vestido? Puedes escoger.

Signor Santangelo, signorina Benini. Sean bienvenidos.

El maître los saludó antes que Carlo pudiese responderle algo a ella. Sin preguntar, el hombre elegantemente vestido los condujo a la mesa de siempre.

El especialista en vinos apareció ni bien se acomodaron y, como Carlo, Aysha también eligió vino blanco.

Oh, y una copa de aguamelada, por favor –agregó ella, mientras observaba a Carlo recostarse en la silla y mirarla con atención.

¿Cómo está Teresa? –preguntó él, cuando el hombre se retiró.

Bueno, esa es mismo una cuestión importante, si es que existe realmente alguna –respondió ella, con cierta ironía. – ¿No podrías ser un poco más específico?

Te está enloqueciendo.

El comentario hizo que los labios de Aysha se curvaran en una sonrisa.

Creo que tienes razón –asintió ella.

¿Cuál es el problema esta vez?

El vestido de novia –Aysha respondió. – A la diseñadora no le gustan los pálpitos que mi madre insiste en ofrecer.

Mientras hablaba, la imagen del lindo vestido hecho en seda, tafetán y encaje surgió en su mente.

Entiendo.

No, no entiendes.

Ella se interrumpió mientras el vino era servido. Después de eso, Carlo fue el primero en hablar:

¿Qué es lo que no entiendo, cara? ¿Que Teresa, como la mayoría de las mamás italianas, quiere un casamiento perfecto para su hija? ¿La fiesta, los mozos, la comida, la bebida, la torta, la limusina, todo perfecto? Por eso, claro que el vestido también tiene que ser perfecto, según la opinión de ella.

Olvidaste mencionar las flores –ironizó Aysha. – El florista está cerca de tener una apoplejía. El proveedor del buffet ya está queriendo desistir porque dice que su tiramisu es una verdadera obra de arte y

que, por eso, no puede ser cambiado por las recetas de la "vieja Italia", como quiere mi madre.

Carlo sonrió.

Teresa es una excelente cocinera.

Teresa era excelente en todo, y era justamente ese el problema. En consecuencia, quería que todos fuesen tan perfectos como ella.

El mozo se aproximó a la mesa y anotó los pedidos, antes de retirarse con discreción. Aysha tomó un trago de agua, entonces miró a Carlo.

¿Con qué seriedad tomarías en cuenta una propuesta de fuga?

¿Y por qué nos arriesgaríamos a llevar con nosotros la "maldición de Teresa", por no haber realizado el mayor evento social del año? –ironizó Carlo.

Aysha arqueó una perfecta ceja.

¿Por mi sanidad mental?

El mozo sirvió la sopa de entrada.

Faltan apenas dos semanas, cara –Carlo le recordó.

Aquello sería una verdadera eternidad, pensó Aysha. Esperaba conseguir sobrevivir.

Al probar la primera porción de sopa, cerró los ojos un instante, disfrutando del delicioso sabor. La temperatura era perfecta.

Tenemos un ensayo en la iglesia marcado para mañana de noche.

Aysha bajó el tenedor, sintiendo su apetito ser temporalmente afectado.

A las seis y media –confirmó, sin ganas. – Y después tendremos la cena ofrecida a todos.

Los padres, novios, damas de honor y sus parejas, las damitas y sus parejas y los padres de ellos. Sin duda, sería una cena agitada, pensó Aysha.

También tendría que prepararse para su té, dentro de dos días. En la lista había cincuenta invitadas, y Teresa quedó en proporcionar la diversión, masitas y champagne.

Aumentando aún más el estrés de Aysha, ella se había rehusado a dejar de trabajar tres meses antes del casamiento, como su madre sugiriera. Por lo menos había un lado positivo y ella no se desgastaba tanto con los detalles del casamiento mientras estaba con sus clientes. Pero el lado positivo era el tiempo extra que tenía para pasar en la bellísima mansión que Carlo había mandado construir para ellos, supervisando la instalación de alfombras, cortinas, muebles y la combinación de los colores y texturas. Lo peor, no obstante, era discutir con Teresa, pues era así que acostumbraba llamar a su madre cuando la opinión de ambas no coincidía, algo que pasaba con más

frecuencia de lo que le gustaría.

¿Cuánto quieres por ellos?

Aysha miró a Carlo, notando su aire de diversión.

Por tus pensamientos –explicó él, al notar la expresión confusa en el rostro de ella.

Estaba pensando en la casa. La decoración está quedando preciosa.

¿Estás contenta con eso?

¿Cómo podría no estarlo?

Aunque se tratase de una casa para ser exhibida a la sociedad, Aysha pretendía hacer lo posible para transformarla en un hogar.

Poco después que terminaron de comer, el mozo apareció discretamente y sirvió el plato principal: pasta con mojo de frutos del mar. Mientras saboreaban la comida, Aysha no pudo dejar de notar una vez más la elegancia y sofisticación de Carlo. Él emanaba una especie de sensualidad primitiva que atraía a las mujeres como un imán. Los hombres envidiaban aquella combinación de rudeza atenuada con encanto irresistible. En la intimidad, sabían que la combinación era fatal.

Aysha conocía cada una de las cualidades de Carlo, y a veces se preguntaba si sería mujer suficiente para estar a la altura de ellas.

¿Quiere pedir el postre ahora, srta. Benini?

El evidente deseo de agradar demostrado por el joven mozo estaba siendo casi embarazoso. Aysha le sonrió con gentileza.

No, gracias. Sólo voy a querer un café.

Ganaste un fan –observó Carlo, cuando el muchacho se retiró.

Un brillo de diversión surgió en los ojos de ella.

¿Estás celoso?

Él arqueó una ceja.

¿Parezco estarlo?

A Aysha le gustaría mucho poder decir que si, pero no sería la verdad. Y tal vez por eso mismo haya sentido el deseo de continuar con la provocación.

Bueno, él es joven, tiene buena apariencia... –fingió considerar la posibilidad por un instante. – Es probable que sea un estudiante universitario trabajando de noche en un restaurante como este para conseguir pagar sus estudios. Eso indicaría que tiene potencial. ¿Será que aceptaría dejar todo esto por una "aventurita"?

La sonrisa de Carlo hizo que Aysha sintiera un escalofrío recorrer su cuerpo.

Creo que es la hora de llevarte a casa, eso si.

Vine en mi propio coche, ¿recuerdas?

¿Eso fue un intento de demostrar independencia ó una indicación

que no pretendes compartir la cama conmigo esta noche?

Aysha no consiguió contener la sonrisa.

Teresa ya dejó claro que atender tus necesidades físicas debe ser mi prioridad.

¿Y tiene razón? –indagó él, en un tono provocante.

Ella cree que si –Aysha escapó por la tangente. La expresión de Carlo continuó impasible.

¿Cómo tú?

Aysha se acomodó en la silla. ¿Tendría Carlo idea de cuánto lo amaba? Esperaba que no, pues, con certeza, eso sería un detalle que la dejaría en desventaja.

Termina tu café –dijo él, cuando ella continuó en silencio. –Saldremos enseguida.

Él levantó la mano e hizo una señal discreta al mozo, que apareció con la cuenta poco después. Aysha estaba tensa, pero disfrazó eso muy bien. Aún así, Carlo estrechó su mirada.

¿Tenemos algo programado para el próximo fin de semana? –preguntó él.

Mi madre marcó compromisos para cada día hasta la boda –respondió ella.

Entonces haz que ella reorganice la agenda.

Aysha lo miró con interés.

¿Y si ella no acepta?

Dile que yo te di una sorpresa y que reservé dos pasajes para un fin de semana en Gold Coast.

¿Hiciste eso?

Él sonrió con encanto.

Haré una llamada ni bien lleguemos a mi apartamento.

Aysha también sonrió, sólo que de pura satisfacción.

Ah, mi caballero en el caballo blanco.

Él se puso de pie y le extendió la mano.

Podrás agradecerme después.

Ambos se encaminaron juntos al elevador, después de recibir un "buenas noches" del maître.

No demoraron mucho en llegar al apartamento de Carlo. Las cortinas estaban abiertas, revelando la bella vista del puerto a la noche. Más adelante, era posible ver los edificios del centro de la ciudad, recordando grandes torres de vidrio iluminadas por las luces de la noche.

De espaldas a Carlo, Aysha apenas oyó cuando él tomó el teléfono. Enseguida, hizo la reserva de avión y en el hotel de Gold Coast para el fin de semana.

Podríamos tranquilamente vivir aquí –dijo ella, aún admirando la vista.

Si, podríamos.

Carlo enlazó los brazos en torno de la cintura de ella, abrazándola por atrás. Aysha no pudo dejar de sentir un escalofrío de excitación ante aquella deliciosa proximidad. Aún más cuando los labios de Carlo rozaron la parte sensible detrás de su oreja.

Ella casi cerró los ojos, fingiendo que aquella demostración de cariño era mismo real. Que era amor y no deseo lo que Carlo sentía por ella.

Un gemido silencioso surgió y fue ahogado allí mismo, en su garganta, cuando los labios de él se deslizaron por su piel suave y él acarició la base de su cuello con la punta de su lengua.

Al mismo tiempo, una mano firme, pero cariñosa, cubrió su seno, mientras la otra se deslizó sobre su vientre. Aysha quería apresarlo, pedirle que la desnudase de una vez y la amase allí mismo, sobre la alfombra afelpada, pero no tuvo coraje. Todo en Carlo era muy controlado. Mismo en la cama él nunca perdía el control, al contrario que ella.

Había momentos en que sentía deseos de gritar que aunque aceptase a Bianca como parte de su pasado, ella era su futuro. Sólo que nunca decía eso abiertamente. Tal vez porque sintiera recelos de la respuesta de Carlo.

Lentamente, se volvió frente a él y enlazó los brazos alrededor de su cuello. Entonces levantó la cabeza y buscó los labios de él, dejándose llevar una vez más por la pasión.

Notando la urgencia en los gestos de ella, Carlo la tomó en brazos y la llevó al cuarto. Ni bien fue colocada en el piso, Aysha comenzó a abrirle la camisa con dedos ágiles. Por fin, lo ayudó a sacársela y la arrojó a un rincón del cuarto. No demoró mucho para que Carlo la desnudara completamente, antes de librarse de su propio calzoncillo.

Espera.

La voz de él salió ronca, cuando Aysha deslizó la mano por su abdomen firme y la fue descendiendo con osadía.

Entonces quieres jugar, ¿hum? –lo provocó ella, con un salvaje brillo de deseo en su mirar.

Capítulo 2

Carlo la agarró de los brazos y deslizó las manos hasta sus hombros delicados, antes de hundir el rostro en la curva sensual del cuello de Aysha. El perfume suave, pero provocante, que ella acostumbraba usar, le invadió las narinas, agudizándole los sentidos. Deslizando los labios y la punta de la lengua por la piel de Aysha, la probó con sensualidad, mordisqueándola con una suavidad que fue dejándola cada vez más excitada. Aysha era una amante generosa. Acostumbraba tener gestos ardientes y actitudes osadas y divertidas que siempre tenían el poder de dejarlo loco de deseo.

Lentamente, se inclinó hasta encontrar uno de los pezones rosados. Entonces lo succionó con voracidad, hasta sentir la punta ponerse deliciosamente túrgida junto a su lengua. Enseguida hizo lo mismo con el otro pezón de Aysha, hasta que los dos quedaron entumecidos e incitantemente erectos.

Aysha gimió, agitada. ¿Será que Carlo tenía idea de lo que le estaba haciendo? Por un momento, no pudo dejar de lamentar que todo aquello fuese sólo físico, a pesar de las sensaciones maravillosas que estaba experimentando. No en tanto, era como si Carlo tuviese la noción exacta de donde hacer las caricias correctas para despertar su deseo. Sin amor.

Quería por lo menos una vez, una única vez, sentir el cuerpo de él trémulo por la necesidad del suyo. Sólo del suyo.

¿Querer amor sería pedir mucho? Estaba usando el anillo que él le había dado y luego usaría su apellido. Para Carlo, por lo visto, eso era más que suficiente.

Aún así, Aysha no dejaba de lado el sueño de querer significar para él tanto como él significaba para ella.

“Toma lo que él está dispuesto a ofrecer y considérate satisfecha", le dijo una voz interior. "Es mejor tener un vaso por la mitad que uno vacío."

Con un gemido, llevó sus manos a los cabellos de él y los acarició, al mismo tiempo en que lo empujaba hacia ella mientras Carlo acariciaba sus pezones. Cuando él volvió a besarla en los labios, deslizó su lengua sensualmente por entre los labios de él, hasta que sus lenguas se encontrasen en una deliciosa danza primitiva. Carlo mantuvo una mano en su cadera. Con la otra empalmada sobre su nalga, él la empujó hacia si.

Aysha gimió al sentir el miembro viril pegado a su vientre. Quería a Carlo en aquel instante, sin más preámbulos. Quería sentir toda aquella virilidad dentro de si y deliciarse con ella, sintiendo y

ofreciendo placer.

La caricia familiar, pero siempre bienvenida, de los dedos expertos en busca de su parte más íntima fue recibida con un suspiro de puro placer. Entonces un gemido más intenso irrumpió en su garganta cuando las caricias de Carlo se tornaron más osadas e insistentes. No parecía justo que un hombre supiese tan bien como acariciar ciertos lugares que dejaban completamente loca de deseo a una mujer.

El beso de él se volvió más exigente y cuando Aysha pensó que iba a explotar de placer, bajo el efecto de aquellas caricias excitantes, Carlo la penetró con un movimiento firme y que la tomó deliciosamente por sorpresa, haciéndola emitir un gemido alto.

Dios, aquello era perfecto. El cuerpo de Carlo se ajustaba perfectamente al suyo, y era genial sentirlo dentro de si una vez más. Se sorprendió cuando él la irguió y la llevó a la cama.

Aysha casi protestó cuando él se alejó de ella, deshaciendo momentáneamente aquella conexión que por algunos segundos fue tan importante para ella.

Con los labios, Carlo trazó un trillo de fuego sobre su piel, probándola por entero. Aysha sabía que su intención era dejarla loca de deseo, y era exactamente eso lo que estaba consiguiendo hacer.

Balanceó la cabeza de un lado a otro del almohada, imaginando si conseguiría sobrevivir a tantas sensaciones al mismo tiempo. Parte de ella quería que Carlo parase en aquel instante, antes que el clímax la asaltase, pero otro lado, su lado femenino más primitivo, quería que no parase, que la llevase al clímax sólo a través de caricias sensuales.

Carlo era un amante habilidoso. Sabía exactamente como proporcionar placer a una mujer. Las deliciosas provocaciones con los dientes, la lengua y los labios, los dedos hábiles e insistentes, todo parecía formar parte de un irresistible juego erótico. Él parecía saber exactamente hasta que punto provocarla, antes de recular en el momento en que ella parecía presta a llegar al clímax. Entonces Aysha imploraba por más, y era lo que tenía.

Cuando él paró una última vez para succionar su seno, el gemido de ella fue casi de protesta. Lo quería dentro de si y no estaba aguantando más la espera.

Felizmente, Carlo entendió su urgencia y, en medio de un nuevo beso, la penetró con un gesto decidido, esta vez no dejando duda que Aysha le partencia completamente.

Entonces él se comenzó a mover. Al principio con lentitud y sensualidad, hasta la urgencia de la búsqueda por la satisfacción los llevara a ambos a moverse en un ritmo cada vez más intenso.

Para Aysha, aquello era más que una unión física. Estaba

ofreciendo a Carlo su corazón, su alma, todo.

Le partencia. Solamente a él. En aquel momento, sería capaz de morir por él, si fuese preciso.

Y la noción de eso continuó asustándola mucho después, mientras aún estaba en sus brazos, después del maravilloso ápice de satisfacción. No, no podría permitir que sus sentimientos por Carlo continuasen llevándola a aquella trampa. Su casamiento sería una conveniencia, y ella precisaba acordarse de eso, si no quería lastimarse aún más.

La respiración rítmica de Carlo parecía un consuelo tranquilizante, y el modo perezoso como él estaba deslizando sus dedos a lo largo de su espalda indicó que no estaba dormido. Por fin, fue sintiendo la confortante presión del cuerpo de él junto al suyo y ella se adormeció.

Cuando despertó, Aysha continuó sintiendo el cuerpo de Carlo pegado al suyo. Quería poder compartir aquella languidez agradable e intercambiar palabras cariñosas con él. No obstante, sabía que no aguantaría si no recibiese ninguna respuesta de él a cambio.

Intentando dejar eso de lado, lo besó suavemente en le pecho y pasó la punta de la lengua sobre su pezón. De manera provocativa, deslizó la mano sobre el torso masculino y la fue descendiendo lentamente, rumbo a su parte más íntima. Sintió el cuerpo de Carlo ponerse tenso de repente.

Eso puede ser peligroso –le avisó, cuando ella comenzó a acariciarlo con una irresistible intimidad.

Aysha se limitó a mirarlo con una sonrisa provocante, antes de continuar su dulce exploración. Quería ofrecerle a Carlo tanto como él le había ofrecido, hasta dejarlo loco de deseo.

Una breve exclamación de sorpresa le escapó de los labios cuando Carlo la empujó de repente para arriba de él. Sintió una intensa ola de deseo recorrerle el cuerpo cuando él la sostuvo de las caderas y guió su intimidad hasta la de él. Después de unirse por completo, él la empujó para si y la besó con urgente, insinuando la lengua entre los labios de ella y comenzando a moverla, en una imitación de aquello que le gustaría hacer más íntimamente.

Aysha no contuvo un gemido. Cuando dio por si, su cuerpo ya había comenzado a moverse sobre el de él, imitando aquel movimiento repleto de una necesidad primitiva y sensual. Esta vez, sería ella quién lo poseería, y pretendía hacerlo con gran estilo.

Al erguir el cuerpo nuevamente, mantuvo aquel ritmo constante, entregándose apenas a las sensaciones. Entonces cerró los ojos con un gemido, al sentir las manos de Carlo acariciando sus senos con gestos posesivos. Él estaba tan loco de deseo como ella, y pretendía

satisfacerlo tanto como él lo hizo.

Dejándose llevar por el ritmo cada vez más intenso exigido por sus cuerpos, condujo a Carlo al clímax con una intensidad que llegó a asustarla por un instante. Cada vez que hacían el amor, era como si consiguiesen reinventar aquel momento tan mágico y especial.

Mucho tiempo después, Aysha fue la primera en quebrar el silencio.

Voy a tomar un baño primero –dijo. – Mientras tanto, puedes ir preparando el café.

La sonrisa que Carlo le dio en respuesta hizo acelerar su corazón.

¿Que tal compartir la ducha y después yo preparar el café mientras tú preparas el desayuno? –sugirió él.

Machista –bromeó ella.

Carlo sonrió y le acarició los senos.

También podemos olvidar el desayuno y concentrarnos en la ducha, si lo prefieres...

Aysha gimió bajito.

Por más que la propuesta sea tentadora, preciso de alimento para recuperar mis energías.

Tienes razón –adujo él. – No quiero verte en el hospital por causa de una crisis de debilidad antes del casamiento. Sería una vergüenza.

Después de besarlo suavemente en los labios, Aysha fue primero a la ducha. Tomó un baño rápido, pero relajante. Después, mientras Carlo tomaba el propio, ella fue adelantando el desayuno. Como él había prometido, preparó el café para ambos.

Cuando ambos se sentaron a la mesa, y ella probó el café, lo consideró simplemente perfecto.

Hum... Eso está muy bueno –le dijo. – Eres algo muy raro, Carlo. Pocos hombres consiguen preparar un café como este.

De machista a raro en pocos minutos –bromeó él. – Tu omelet también está excelente –agregó, después de probarlo.

Luego de tomar el desayuno rápidamente, Aysha se puso de pie.

Preciso ir yendo. Ya estoy atrasada y hoy es mi último día de trabajo antes de la boda. Tengo que dejar todo encaminado para no tener problemas después. –lo besó en los labios y agregó: – Hasta la noche.

A Aysha le gustaba mucho su trabajo y lo tomaba bastante en serio. Adoraba el concepto de combinar colores, texturas y diseños para transformar casas en hogares. Había conquistado su excelente reputación en el mercado debido al esfuerzo que hacía para agradar a sus clientes. Pero no siempre pasaba eso. Había ciertos días en que nada parecía salir bien y, por lo visto, este sería uno de ellos.

A pesar de los problemas, la tarde pasó rápidamente y ya eran más de las seis cuando subió al elevador del edificio de Carlo.

Diez minutos –le prometió, al pasar por la sala e ir directo al cuarto, tomar un baño y cambiarse de ropa.

Por fin, le llevó nueve estar pronta. Sin dudar, tomó la cartera y se encaminó a la puerta.

Calma –dijo Carlo, detrás de ella.

Aysha le lanzó una mirada de urgencia.

Estamos atrasados. Ya deberíamos haber salido, Carlo. Deben estar esperándonos.

Él le tomó la mano y la empujó gentilmente hacia él.

Entonces, tendrán que esperar más...

El modo como la besó fue tan gentil que Aysha se rindió en ese mismo instante. Era increíble aquel poder que Carlo tenía sobre ella. Siempre que la tocaba, era como si el resto del mundo desapareciese.

Varios minutos después, él levantó la cabeza y observó el mirar lánguido y satisfecho de Aysha.

Ahora está mejor –dijo, con una sonrisa encantadora. – ¿Vamos?

Eso fue deliberado –protestó ella, mientras se dirigían al ascensor.

¿Cómo era posible que un simple beso hubiese tenido el poder de dejarla relajada de aquella manera? Carlo evidentemente hacía lo que quería, y cuando quería, con ella.

Los pasos apresurados de Aysha se transformaron en una prisa más contenida, y no consiguió dejar de sonreírle cuando entraron en el Mercedes de Carlo.

¿Cómo fue tu día? –preguntó, mientras ajustaba su cinturón de seguridad.

Lleno de reuniones, consultas y proyectos. Además de muchas llamadas –respondió Carlo.

Ella suspiró.

Si. Parece que no fue muy diferente del mío.

La iglesia era una bella construcción antigua de piedra, un poco alejada del centro de la ciudad y cercada por árboles y jardines.

Había una atmósfera de paz y tranquilidad en el lugar, detalle que Aysha consideró más que bienvenido. Mientras Carlo estacionaba el Mercedes, ella observó que los coches de los demás ya estaban todos allí.

Ir al casamiento de otra persona y ver la ceremonia en vídeo ó la televisión era muy diferente de participar de tu propio casamiento, aunque todos estuviesen allí apenas para un ensayo, pensó Aysha.

Quiero cargar la cestita –dijo Emily, la más pequeña damita de

honor, intentando sacarlo de las manos de Samantha, la otra damita.

No quiero cargar esta almohadita –protestó Jonathan, la pareja de una de ellas. – Eso parece cosa de niña.

Oh, Dios, pensó Aysha. Si el niño creí que cargar una almohadilla era cosa de niña, imagina entonces cuando él tuviese que usar un mini traje, faja de satén en la cintura, camisa con puños y corbata de moño.

Si, es cosa de niña –confirmó el otro niño.

Pero ustedes tendrán que hacerlo –insistió Emily, intentando, a pesar de la poca edad, mostrar la gravedad de la situación.

Yo no.

Ni yo.

Aysha no sabía si reír ó llorar.

¿Y si Samantha carga el cesto con pétalos de rosas y Emily la almohadita?

Yo quiero la almohadita –declaró Samantha. Para ella, cargar las alianzas era más importante que derramar pétalos de rosas por el corredor de la iglesia.

Puedes quedarte con la cestita –protestó Emily, por lo visto deduciendo lo mismo.

Teresa puso los ojos en blanco. Las cuatro damas de honor parecían tensas, pues cada una de ellas tendría que estar al lado de una de las criaturas durante la ceremonia. Ya estaban previendo el problema que tendrían.

Está bien –dijo Aysha, levantando las manos. – Entonces será así: tendremos dos cestitos, uno para Emily, otro para Samantha. –lanzó una mirada de advertencia a los niños. – Y dos almohaditas.

¡¿Dos?! –repitió Teresa, incrédula.

Si, dos.

Las niñas y los niños comenzaron a protestar. Tal vez hubiese sido más sensato no dejar que las criaturas participaran del ensayo y simplemente decirles lo que deberían hacer el día del casamiento, pensó Aysha. Por lo visto, la ayuda celestial sería más que necesaria, concluyó, oyendo las instrucciones del padre.

Una hora después, ya estaban acomodados en la larga mesa de un restaurante. La comida era buena y el vino ayudó a relajar la tensión de los adultos. Aysha aprovechó la informalidad de la situación para apoyarse en el brazo confortante de Carlo.

¿Estás cansada?

Ella lo miró y sonrió.

Fue un día largo.

Él se aproximó y rozó los labios discretamente en la sien de ella.

Podrás dormir por la mañana.

Oh, cuanta generosidad –dijo Aysha. – Pero precisaré llegar a casa más temprano para ayudar a Teresa con los preparativos del té, ¿recuerdas?

Ya eran casi las once cuando los invitados comenzaron a partir. Y cuando Aysha y Carlo llegaron al apartamento de él, ya era casi medianoche. Ni bien entró en la sala, ella se sacó los zapatos, removió la presilla que prendía sus cabellos, los agitó suavemente y fue a la cocina.

¿Vas a preparar café?

Aysha oyó la pregunta de Carlo y sintió cuando él se acercó y comenzó a masajearle los hombros tensos.

¿Está mejor así?

"Si, mucho mejor", pensó ella. "Hasta demasiado bueno."

Hum-hun –murmuró, en respuesta.

¿Tenemos algún compromiso para mañana de noche? –Carlo preguntó.

¿Por qué? ¿Te estás queriendo tomar la noche libre?

Bueno, pensé en marcar una cena íntima, sólo para nosotros dos. – continuando el masaje en los hombros de ella, agregó: – Yo podría hacer esto mucho mejor si estuvieras acostada.

Aysha sintió un escalofrío por su cuerpo.

Eso puede volverse peligroso.

Tal vez –murmuró él al oído de ella. – Pero hay muchas ventajas en recibir un masaje por todo el cuerpo...

¿Estás intentando seducirme?

La sonrisa de Carlo hizo que la calidez de su respiración alcanzara la oreja de Aysha, provocándole un delicioso escalofrío.

¿Lo estoy consiguiendo? –indagó él.

Yo te lo voy a mostrar –Aysha lo provocó. – Dentro de más ó menos una hora.

¿Una hora?

La calidad del masaje es lo que dictará el valor de tu recompensa – le informó, con aire solemne, haciéndolo reír. Sin esperar más, él la tomó en brazos y la llevó al cuarto.

Estar acostada sobre toallas felpudas con las manos cariñosas de Carlo desparramando aceite aromático por su cuerpo era como estar en el paraíso.

A cierta altura, se preguntó lo que la llevara a pensar que aguantaría una hora hasta entregarse a él. Treinta minutos después, tenía que luchar contra el deseo de darse vuelta e implorar para que Carlo la amase.

Creo que ya es suficiente –dijo entre dientes.

Dijiste una hora –recordó Carlo, dándola vuelta.

Avergonzada, y al mismo tiempo excitada por estar completamente desnuda, acostada y vulnerable delante de él, Aysha respondió:

Quiero pagarte por adelantado.

Carlo se inclinó y rozó los labios de ella.

Estoy contando con eso.

Invadida por el deseo, Aysha se quedó mirándolo desnudarse. Cuando Carlo quedó completamente desnudo, y más que deseable al lado de la cama, ella alejó las piernas sensualmente y le extendió los brazos, en una irresistible invitación.

Mucho tiempo después, él la mantuvo en sus brazos, acomodándole los cabellos mientras la respiración de ambos volvía a la normalidad.

A la mañana siguiente, Aysha ni se movió cuando Carlo se levantó a las ocho y fue al baño, antes de vestirse y preparar el desayuno.

No obstante, el aroma de café fresco despertó los sentidos de Aysha.

Esa imagen vaga combina contigo hoy –bromeó Carlo, colocando la bandeja con el desayuno sobre la mesita de luz.

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa.

Buen día. Guau, ¿desayuno en la cama? Esta vez, te superaste.

Carlo la besó en la base del cuello y empujó la sábana un poco para abajo, revelando un perfecto seno y más que pronto para recibir su beso.

De momento debes estar más interesada en la comida que en tener un "pre-desayuno", ¿no?

No era verdad, pero, aún así, Aysha respondió:

Preciso alimentarme para aguantar el día.

Ah, el té –recordó Carlo.

Teresa quiere que la ocasión sea memorable.

Después de tomar el delicioso desayuno, Aysha tomó un baño y se vistió, sintiéndose nueva para comenzar el día. Antes de salir, besó el mentón de Carlo.

Gracias por el desayuno. Estaba maravilloso.

Carlo la empujó hacia él con un gesto posesivo y rozó los labios de ella, antes de besarla con más intensidad. El gesto inesperado dejó a Aysha medio zonza por un instante, pero no demoró en entregarse al beso, retribuyendo con el mismo ardor.

Me considero recompensado –dijo Carlo, al alejarse.

Aysha lo miró con cierta sorpresa. ¿Estaría equivocada ó aquel gesto fue realmente una demostración de pasión? ¿Estaría finalmente consiguiendo alcanzar el interior de Carlo? Oh, Dios, si al menos eso

fuese cierto...

Ese pensamiento acompañó a Aysha todo el camino hasta el estacionamiento, y también a lo largo de los varios quilómetros hasta la casa de sus padres.

Capítulo 3

Sus damas de honor fueron las primeras en llegar, seguidas por Gianna y algunas de las amigas de Teresa. Dos tías, tres primas y una serie de amigas más próximas.

Después de muchas risas, saladitos, champagne y muchos, muchos regalos, el timbre volvió a sonar alrededor de las cuatro de la tarde. Teresa se levantó para atender la puerta.

La rapidez con que Lianna se juntó a ella, hizo que Aysha mirara a todas con aire de desconfianza. Entonces las mujeres comenzaron a reír cuando un guapo muchacho entró en la sala.

Hey, ustedes no... –Aysha comenzó, pero bastó mirar a Lianna, Arianne, Suzanne y Tessa para saber que sus amigas habían sido cómplices de aquello.

Un equipo de audio surgió como que de la nada y fue colocado sobre la mesa. Cuando la música comenzó, el joven inició una serie de gestos y movimientos sensuales, dando inicio a un strip-tease.

Tú te rehusaste a ofrecernos una noche en un bar sólo para mujeres, entonces decidí traer el show hasta ti –explicó Lianna, cuando las mujeres ya estaban yéndose.

Traidora –bromeó Aysha, con una sonrisa afectuosa. – Espera que llegue tu turno.

¿Qué harás para superar esto, Aysha? ¿Vas a contratar un grupo entero de strippers?

No me des ideas.

Después que todas partieron, Aysha fue examinar los regalos. Todos de muy buen gusto, pero combinando con la personalidad de cada una de sus amigas. No obstante, el más inusitado fue el de Lianna.

¿No sabías sobre el regalo de Lianna? –Teresa preguntó, aproximándose a ella.

No tenía la menor idea sobre lo que ella "prepararía". –pasando el brazo por la cintura de su madre, agregó: – Gracias por la organización de la fiesta. Fue excelente.

Fue un placer.

¿Te estás refiriendo a la fiesta ó al show de strip-tease? –Aysha la provocó.

Sin comentarios.

Aysha comenzó a reír.

Está bien, entonces vamos a cambiar de tema. ¿Qué haremos con todos estos regalos?

Las dos arreglaron las cajas sobre una mesa, en una sala adyacente.

Al terminar, Aysha tomó un baño y se puso un pantalón con una blusa de seda.

Ya pasaban de las seis cuando llegó al apartamento de Carlo. Fue directo hasta la cocina, dejar sobre la mesa los recipientes con comida china que había comprado de camino.

Déjame adivinar –dijo Carlo, al entrar en la cocina. – ¿Comida china, tailandesa ó de Malasia?

China. También alquilé algunos vídeos.

¿Entonces tienes planes de pasar una noche tranquila?

Aysha tomó dos platos y cubiertos del armario.

Creo que ya tuve suficiente excitación por un día.

"Y tendría por la noche", pensó ella.

¿Por qué? –Carlo quiso saber.

Un brillo travieso surgió en los ojos de ella.

Lianna contrató un stripper –dijo, no resistiendo el deseo de provocarlo. – Era joven, guapo y tenía un cuerpo... Pregúntale a tu madre. Ella estaba allá.

¿En serio? Tal vez sea mejor contarme más detalles respecto de ese sujeto.

Bueno... –Aysha titubeó deliberadamente. – Tenía un cuerpo de quitar el aliento. Cabellos largos, presos en una cola de caballo. Y cuando los soltó... Guau, fue muy sexy. El cuerpo no tenía ni siquiera un pelito. Oh, y tenía uno de los traseros más bonitos que he visto.

Carlo estrechó los ojos, haciéndola reír.

Se fue sacando la ropa hasta quedar apenas con una tanga minúscula –agregó.

E imagino que eso fue un alivio para nuestras madres –observó él.

Bueno, a pesar del susto inicial, ellas parecían divertirse un montón con el show.

¿Entonces ellas no esperaban eso?

Ni tenían idea de lo que pasaría. –Aysha rió, acordándose de la expresión de las dos al ver al stripper. – Ahora vamos a ser realmente decadentes y ver un video mientras comemos.

La primer película era un thriller, con escenas de suspenso en número suficiente para dejar al espectador en la punta del sillón. El segundo era una comedia sobre un casamiento donde todo lo que podía salir mal, pasaba. Las escenas eran divertidas, pero, en medio de la frivolidad, había una cierta dosis de realismo con la cual Aysha no pudo dejar de identificarse.

Entre un video y otro, ella retirara los platos de la mesa y preparara café. Después de tomarlo, ella llevara las tazas a la pileta.

Cuando fue al cuarto, estaba sintiéndose agradablemente cansada,

no veía la hora de poder acostarse y disfrutar de una buena noche de sueño. Después de tomar un baño relajante, se acostó entre las sábanas y se acurrucó en los brazos de Carlo, recostando la cabeza junto al hombro de él.

En cuestión de minutos estaba dormida, y ni notó el beso que Carlo le dio en la frente y la forma cariñosa como la miró.

Ellos despertaron tarde al día siguiente. Después del desayuno, decidieron salir a navegar en el río Hawkesbury, en el yate de Giuseppe. Aysha aprovechó al máximo cada minuto del paseo relajante, pues sabía que en el día siguiente no sería fácil salir de compras e iniciar la "Lista de Cosas que Hacer" que su madre había preparado para los días anteriores al casamiento.

Mamá, ¿es esto realmente necesario?

El día de compras rindiera más que buenos resultados hasta allí. Teresa, por lo visto, había salido de casa con el deseo de gastar dinero. Y gastar mucho.

Tú eres mi única hija –Teresa respondió. – No me niegues el derecho de ofrecer a mi única hija el mejor casamiento que el dinero puede comprar.

Aysha pasó el brazo por los hombros de su madre, en un gesto afectuoso.

Está bien, llevaré este vestido también –afirmó, con una sonrisa.

Cuando las dos llegaron a casa, después de enfrentar el tránsito difícil hasta Vaucluse a las cinco y media de la tarde, Aysha fue directo al cuarto a tomar un baño. Minutos después, salió enrollada en una toalla afelpada y enjuagó el exceso de humedad de sus cabellos con otra toalla. Enseguida, los secó con el secador y los peinó hasta que quedaron encantadoramente arreglados. Aplicó un maquillaje leve, entonces abrió el guardarropa y observó sus ropas dispuestas en los estantes. Por fin, eligió un vestido negro.

Éste iba hasta la mitad del muslo y la seda era cubierta por una camada de delicado encaje negro. No obstante, lo mejor del modelo era el osado escote de la espalda, que iba casi hasta la cintura, y los finos breteles de seda.

¿Debería usar medias de seda negra ó braga negra con portaligas? ¿Ó ir con las piernas expuestas y optar por apenas un minúsculo bikini de encaje negro? Después de decidirse por la última opción, se calzó los zapatos negros de finísimo taco alto y prendió su cabello en un moño casual. Como joya, usaría lo mínimo posible: apenas dos delicadas caravanas de oro en forma de gota.

Media hora después, cuando descendió la escalera, encontró a sus

padres en la sala tomando un aperitivo. Giuseppe vino en su dirección, mirándola con una mezcla de orgullo paternal y apreciación masculina. Teresa, con todo, estrechó su mirar discretamente y apretó los labios. Para Teresa Benini, la apariencia era esencial y, por lo visto, esta vez su hija no colmó sus exigencias.

¿No crees que está un poco... –ella titubeó, delicadamente. – osado, querida?

Tal vez –admitió Aysha. Entonces lanzó una mirada cuestionante a Giuseppe. – ¿Papá?

Sabiendo muy bien que no sería bueno discordar con ninguna de ellas, él decidió escapar por la tangente:

Estoy seguro que a Carlo le va a gustar mucho. Oh, y a menos que esté equivocado, debe ser él quién está llegando –agregó, cuando oyeron el ruido de un motor afuera de la mansión.

Poco después, el ama de llaves apareció, conduciéndolo hasta la sala. Aysha atravesó el cuarto y le tomó la mano, ofreciéndole el rostro para que la besara. Fue un gesto natural, un gesto esperado. Sonrió al oír la palabra "arrasando" ser susurrada junto a su oído.

Carlo posó la mano en su cintura y la llevó con él cuando se acercó a saludar a sus padres.

¿Quieres un trago, Carlo? –Teresa ofreció.

No, gracias. Prefiero esperar a la cena.

Sería fácil apoyarse en aquel cuerpo masculino y fingir que los dos se amaban, y por un momento Aysha casi lo hizo. Pero sabía que la demostración de cariño sería apenas de su parte.

Giuseppe tomó lo que quedaba de su vino y colocó la copa en la bandeja.

En ese caso, tal vez sea mejor ir yendo. ¿Teresa?

En aquel momento, el teléfono comenzó a sonar. Teresa frunció el ceño, con aire de desaprobación.

Espero que eso no nos atrase –dijo ella. – Ve adelante con Carlo, querida. Nosotros saldremos en algunos minutos.

Los dos salieron enseguida y Aysha estaba ajustando el cinturón de seguridad cuando Carlo se sentó al volante. Entonces tomaron la carretera en dirección a la ciudad.

¿Estoy equivocado ó ese vestido fue elegido con la intención de sorprender?

Aysha lo miró.

¿Funcionó?

Era consciente de como su muslo estaba apareciendo y luchó contra el impulso se empujar el borde de la falda del vestido para abajo.

Carlo la miró de soslayo y sonrió al decir:
Apuesto que Teresa no lo aprobó.
Aysha también sonrió.
Tú la conoces tan bien. Papá, por otro lado, dijo que te gustaría.
Oh, me gustó en serio –él admitió. – Y estoy seguro que a todos los hombres de la fiesta también les va a gustar.
Ella le sonrió.
Dices cosas tan halagadoras.
Pero cuidado para no exagerar, cara.
Quiero brillar hoy.
Por un instante, ella distinguió un brillo diferente en los ojos de Carlo. Un brillo que no supo a ciencia cierta cómo definir, pero que luego desapareció. Aysha quedó sorprendida cuando él posó la mano en su rostro por un breve momento.
Serán apenas algunas horas. Entonces podremos salir.
Si, pensó ella. Y al día siguiente comenzaría todo de nuevo. Las compras, la prueba del vestido, las obligaciones sociales. Cada día las cosas parecían empeorar. Atender a las expectativas de su madre y ver sus propias opiniones ser descartadas sólo servía para aumentar la tensión. Si por lo menos Teresa no insistiese en transformar todo en una gran producción...
Suburban Point Piper quedaba a pocos quilómetros de la casa de Aysha. Pasaron por un portón de hierro ornamentado y Carlo estacionó detrás de un Jaguar estilizado. Con todo había cinco autos estacionados allí, y Aysha experimentó un momento de titubeo antes de dirigirse a la escalinata de la entrada principal.
Un evento como ese exigía incontables precedentes, pensó Aysha, mientras aceptaba una copa de vino y saludaba a algunos presentes.
Linda casa, invitados ilustres, una mesa magnífica, con un lindo arreglo de flores al centro.
¡Carlo, querido!
Aysha reconoció aquel tono irritantemente sensual y no le gustó ni un poco la desagradable sorpresa. Con la aproximación de la boda, las admiradoras de Carlo habían reconocido la pérdida en la disputa y habían quedado en sus debidos lugares. Todas, excepto Nina di Salvo.
La morena consultora de moda era una femme fatale. Rica, viuda y visiblemente ansiosa por un nuevo marido con el mismo prestigio social que ella.
Nina era admirada y hasta incluso adorada por los hombres. Por su estilo, belleza y determinación. Las mujeres la reconocían como una rival en potencia y se mantenía eso en mente cuando se dirigían a ella.
Aysha. –Nina la miró. – Pareces... –la pausa fue deliberada. – Un

poco cansada. ¿Los preparativos te están cansando, querida?

Aysha forzó una sonrisa y respondió:

Es que Carlo no me deja dormir.

Nina estrechó sus ojos casi imperceptiblemente, entonces se inclinó en la dirección de Carlo y lo besó en el rostro por un tiempo más allá de lo políticamente correcto.

¿Cómo estás, caro?

Nina.

Carlo era un estratega demasiado experimentado para demostrar cualquier cosa. Y demasiado caballero para hacer algún comentario despectivo.

Saludó a Nina con un mínimo de contacto, aunque ella haya hecho lo posible para tocarlo todas las veces en las que tuvo una oportunidad.

¿Tráeme un trago, si, caro? –pidió Nina, con intimidad. – Sabes lo que me gusta.

Aquello ya era demasiado, pensó Aysha, indignada, mientras Carlo se alejaba en dirección al bar. La noche podría acabarse transformando en una pesadilla con la presencia de Nina.

Espero que no esperes fidelidad, querida –Nina le avisó. – Carlo tiene... ciertas necesidades que no toda mujer es capaz de satisfacer.

¿En serio, Nina? Resolveré eso con él.

¿Resolverás qué cosa y con quién?

Al oír la pregunta, Aysha se volvió hacia Carlo, que se acercó trayendo una copa de champagne. Forzando una sonrisa, respondió:

Nina se mostró preocupada al respecto que yo no consiga satisfacer tus necesidades.

La expresión de Carlo no se alteró ni un poco, lo que no sorprendió a Aysha.

¿En serio?

Era difícil entender como dos simples palabras podían ser dichas de modo de contener tanto significado. Ó tanta furia controlada. La tensión se tornó más que evidente, aunque con Carlo no haya movido siquiera un músculo. No en tanto, para cualquier persona que viese la escena desde afuera, parecería que estaban teniendo una agradable conversación.

Tal vez Nina y yo debamos comparar notas –Aysha ironizó.

Nina tomó un trago de champagne.

¿Para qué, querida? Mi análisis tendría una rango mucho mayor que el tuyo.

Aysha miró la entrada del salón y notó que sus padres acaban de llegar. No supo decir si sintió alivio ó preocupación. Luego su madre

vería a Nina y, conociendo a la rival de su hija, se aproximaría para pedir cuentas, aunque educadamente.

Aysha comenzó la cuenta regresiva. Un minuto para saludar a los anfitriones, uno más para saludar a algunos amigos...

Oh, ahí estás, querida.

Aysha sonrió a su madre.

Hola, mamá. Veo que no demoraron mucho al final. –indicó la morena. – ¿Te acuerdas de Nina?

La mirara de Teresa se puso seria, aún con sus labios curvados en una sonrisa educada.

Claro. Que bueno verla.

Mentira. Pura mentira. Aysha tuvo que contener la risa. La buena educación escondía muchos pecados. Si ella misma la pudiese dejar de lado en aquel momento, mandaría a Nina exactamente a donde creía que debería mandarla.

¿Vamos al comedor? –sugirió, imaginando que se trataba de una buena salida.

A menos que los anfitriones hubiesen colocado a ella y Carlo cerca de Nina.

El comedor era bien amplio y el centro de las atenciones era la mesa impecablemente arreglada debajo de una suntuosa araña de cristal. La escena recordaba una foto sacada para una revista de decoración importada. De hecho, más parecía un sacrilegio que todos aquellos invitados fueran a desarreglar algo tan bien armado hasta los mínimos detalles.

Aysha notó la presencia de un mozo y de una moza en un rincón del recinto. Probablemente ellos servirían no sólo la comida, sino también dosificarían la cantidad de vino distribuida a los invitados, para evitar excesos.

Nada más sensato, pensó Aysha, mientras se aproximaban a la mesa de antipastos.

¿Podrías pedirle al mozo que me sirva una copa de vino, querido? –Aysha le pidió a Carlo, con su mejor sonrisa, al notar que Nina los estaba observando.

Ella raramente tomaba cualquier bebida alcohólica, y Carlo lo sabía. Él arqueó una ceja, sorprendido, y Aysha sonrió una vez más.

Por favor.

Si él titubeaba, ó intentaba censurarla justo en aquel momento, ella lo mataría. Felizmente, bastó un mirar de él para que el mozo le sirviera la bebida. Cuando Aysha probó el maravilloso Chablis, notó la mirada de su padre, que sonrió y levantó su propia copa en un brindis silencioso.

Algunas copas de vino, buena comida y compañía agradable. No era preciso mucho para agradar a su padre. Giuseppe Benini era un hombre de preferencias simples. Había trabajado duro la vida entera y alcanzado mucho más que la mayoría de los hombres. Era dueño de una magnífica mansión y eligiera una buena compañera que le dio una hija maravillosa. Luego la vería casada con el hijo de su socio y mejor amigo. Su vida era perfecta.

Su padre era mucho más de lo que un padre podría ser, concluyó Aysha, ya más relajada bajo el efecto del vino. Un hombre que había conseguido unir lo mejor de la "vieja patria" con lo mejor de la patria que adoptara. El resultado fue el inevitable éxito.

Después de servir el antipasto, todos se acomodaron a la mesa. Minutos después, fue servido el primer plato: pechuga de pollo deshuesado y divinamente sazonado, rociado con un mojo a base de vegetales.

Lentamente, muy lentamente, Aysha deslizó la mano discretamente por el muslo de Carlo. Mantuvo su gesto lo más discreto posible, para que nadie lo percibiese y para que aquello se tornase una especie de juego sensual apenas entre ellos. No resistió el deseo de provocarlo. Tal vez el vino estuviese dejándola más floja de lo que imaginaba. Bueno, tal vez más "osada" fuera el término más apropiado. Y más excitante.

Miró directamente a Carlo, manteniendo la mano en el mismo lugar y deseando poder ir más allá. Era excitante poder provocarlo de aquella manera en público. Aún más teniendo a Nina cerca.

Con sensualidad, deslizó la punta de su uña sobre la pierna de él, notando el esfuerzo que él estaba haciendo para disfrazar la excitación. Pero solamente ella tenía noción de eso, pues, como siempre, la expresión de Carlo continuó impasible.

Súbitamente, él le tomó la mano y la llevó a los labios, besándole el dorso. Fue como un aviso que ella estaba jugando con fuego.

No obstante, cual fue el espanto de Aysha cuando, de repente, sintió la mano de él en su muslo.

Capítulo 4

Aysha tomó un trago de agua helada, lanzando un rápido mirar a los otros invitados sentados a la mesa. Su mirada se demoró un poco más en el rostro de Nina, que, por la expresión de furia velada, notaba exactamente lo que estaba pasando.

Aysha se preguntó si la morena y Carlo no habrían tenido algún tipo de relación. Quería tener el amor de Carlo. Desesperadamente. Pero se contentaría con su fidelidad. Sólo de pensar en verlo en los brazos de otra mujer ya sentía un nudo en el pecho.

¿Qué te parece, Aysha?

¡Oh, maldición! No era recomendable permitir que la distracción por causa de asuntos personales interfiriese en su interacción social. Especialmente por ser la invitada de honor.

Miró a Carlo con un velado aire de súplica y distinguió un brillo de diversión en sus ojos.

Luisa no concuerda que yo mantenga el destino de nuestra luna de miel como una sorpresa para ti –dijo él.

Aysha precisó apenas un instante para entender lo que fue dicho y mostrar su mejor sonrisa.

Preciso llevar ropa de abrigo en el equipaje –declaró, sonriéndole a Luísa, la señora que le hiciera la pregunta. – Pero eso es todo lo que sé.

Europa –dijo la mujer con una guiñada. – Ó tal vez América del Norte. ¿Canadá?

Realmente no tengo la menor idea –respondió Aysha.

Como postre fueron servidas porciones individuales de tortilla caramelizada, acompañadas por frutas frescas picadas y servidas con crema de licor.

Delicioso –murmuró Aysha, al probar la primera porción.

Yo no debería, pero lo voy a probar –dijo Luísa. – Mañana, compensaré esta extravagancia comiendo sólo frutas y doblando el tiempo de gimnasia.

Aysha notó que Teresa removió cuidadosamente la crema de lado y comió sólo algunos pedazos de frutas, sin tocar la tortilla. Como madre de la novia, claro que no admitiría aumentar nada en su silueta esbelta hasta el casamiento.

Casi media hora después, los anfitriones invitaron a todos a ir tomar un café en la sala. Los hombres se unieron en ruedas para conversar sobre negocios y política, mientras las mujeres permanecieron sentadas, tratando sobre amenidades. Aysha adoraba oír aquel tono musical del italiano, hablado por la mayoría. El modo

como se comunicaban era muy expresivo, siempre gesticulando y dando énfasis a aquello de lo que estaban hablando.

Giuseppe se está sintiendo en las nubes.

Aysha se preparó para encarar a Nina, que acababa de acercarse e hizo el comentario. Bastó un mirar para saber que la actitud de la morena era exactamente lo opuesto de una aproximación amigable.

¿Y habría algún motivo para que no se estuviera sintiendo así?

El casamiento será un negocio y pico. –Nina sonrió, pero su mirar mostró un brillo de provocación. – Mis felicitaciones, querida. Debería haber imaginado que lo conseguirías.

Aysha inclinó la cabeza levemente para un lado.

Bueno, gracias Nina. Consideraré eso como un elogio.

No había nadie suficientemente cerca para oír la conversación entre ambas. Lo que no dejaba de ser lamentable, pues sólo sirvió para darle motivos a Nina para arrojar otro de sus dardos venenosos...

- ¿Como es ser la segunda mujer en la vida de un hombre? ¿Aún más cuando tu parte en la herencia de la empresa es el único motivo para el casamiento?

- Tomando en cuenta que Carlo también recibirá su parte en la herencia de la empresa, creo que deberías hacerle la misma pregunta a él.

Nina estrechó sus ojos, parecía no gustarle el desafío. La sonrisa que mostró enseguida fue totalmente artificial.

No sé si es preciso, querida. Al final, serás tú quien tendrá que lidiar con el fantasma de Bianca –dijo ella. – Pero como dicen: "En la oscuridad, todos los gatos son pardos", ¿no?

Dios, aquello estaba siendo bajo.

¿En serio? –Aysha arqueó las cejas, fingiendo un aire de sorpresa. – Tal vez debieras intentar con las luces encendidas cualquier día, cara. No tienes idea de lo bueno que es.

Un punto más, pensó Aysha. No obstante, sabía que su victoria duraría poco, pues Nina no era del tipo que se conformaba en perder una discusión de aquella índole. Por eso, fue con alivio cuando vio a Luisa acercarse a ellas.

Aysha –la señora la llamó. – Teresa acaba de contarme sobre las flores de la iglesia. Orquídeas, fue una excelente elección, y la combinación de colores quedará magnífica.

Aysha era la invitada de honor de la fiesta y claro que el centro de las conversaciones estaba siendo su casamiento. Principalmente las pláticas entre mujeres. Pero, para Aysha, hablar sobre aquello sólo reforzaba el detalle de cuanto aún precisaba ser hecho hasta la realización de la boda, y cuanto todo aquello aún sería desgastarte.

Miró al otro lado de la sala y vio a Carlo, en medio de una rueda de conocidos. Dios, como era guapo. La ropa con caída perfecta lo dejaba más elegante que nunca, pero, para ella, lo más excitante era saber como era aquel cuerpo masculino sin ropa.

En aquel exacto momento, daría cualquier cosa para ir hasta él y sentir aquella mano consoladora en su cintura. Entonces podría recostarse en él y disfrutar la expectativa de lo que pasaría cuando estuviesen solos.

Sabía que Carlo se sentía orgulloso de ella y su belleza. A veces, él la dejaba completamente desconcertada, al actuar como si consiguiese leer sus pensamientos. No en tanto, no había entre ellos aquella empatía especial existente entre dos personas que se amaban. Por más que ella desease que existiese.

¿Tendría Carlo noción que Aysha podía reconocer exactamente el momento en que él entraba en un ambiente donde ella estaba? No era preciso verlo ú oírlo para saber que estaba presente. Una especie de sexto sentido siempre la alertaba en cuanto a la proximidad de él, y su cuerpo reaccionaba como si él la hubiese tocado de alguna manera.

Ya pasaban de las once cuando la primer pareja de invitados partió. Y era casi medianoche cuando Teresa y Giuseppe demostraron intención de partir.

Aysha agradeció a sus anfitriones, tuvo una sonrisa en su rostro hasta que comenzó a dolerle y sintió un escalofrío cuando Carlo sostuvo su mano y los dos siguieron a sus padres en dirección a los autos.

Buenas noches, querida. –Teresa la besó en el rostro.

Aysha se quedó de lado mientras Carlo le abría la puerta del coche. Antes de entrar, le sopló un beso a su padre y le deseó buenas noches. Entonces arregló el cinturón de seguridad y recostó la cabeza en el respaldo, mientras Carlo encendía el motor.

¿Estás cansada?

Él la miró de soslayo, colocando el auto en movimiento.

Un poco.

Aysha cerró los ojos, dejando el movimiento del vehículo acunarla y hacerla relajarse.

¿Quieres que te lleve a casa?

Un breve suspiro escapó de los labios de ella.

Hey, esa es una cuestión y pico. ¿A qué casa te estás refiriendo? ¿A la tuya, la mía ó la nuestra?

La elección es tuya.

Aysha pensó en optar por la mansión donde vivirían después de la boda, ya que ésta estaba prácticamente pronta. Pero, se recordó que

su madre podría aparecer por allá por la mañana, para encargarse de más detalles.

Además de eso, la expectativa de dormir en la cama de Carlo, donde ya estaba tan acostumbrada a pernoctar, era mucho más cómoda.

Vamos para tu apartamento.

Él no hizo ningún comentario, llevando a Aysha a imaginar si habría hecho alguna diferencia si ella hubiese dicho "a nuestra casa".

Sintió un vacío en su pecho, que se fue transformando en un nudo, cuando Carlo entró en el edificio de apartamentos y estacionó el auto en su espacio reservado.

Subieron al apartamento en silencio y, al pasar por la puerta, Aysha se entregó una vez más en los brazos de su futuro marido.

Aysha salió temprano, a la mañana siguiente, y los dos sólo se volvieron a encontrar a la noche, para más un evento social. Habían sido invitados para comparecer a un pre-estreno de cine, de un director amigo.

Bella –Carlo la saludó cuando ella llegó, alrededor de las siete y media de la noche.

Aysha también podría haber dicho "bello" al respecto de él, pues Carlo estaba simplemente arrasador, vestido con un smoking impecable. A su lado, con su largo vestido color marfil y bordado con perlas, se sentía casi la mujer más suertuda del mundo. Casi.

¿Quieres tomar un trago antes de salir?

No, gracias. El alcohol en un estómago prácticamente vacío no es una buena idea.

¿Cómo fue tu almuerzo con tus amigas?

Una sonrisa se insinuó en los labios de Aysha, cuando ella recordó cuanto se rió y se divirtió en compañía de Lianna, Arianne, Suzanne y Tessa aquella tarde.

Fue genial –respondió. – Realmente genial.

Carlo le tomó la mano y se la llevó a los labios.

¿Lianna "aprontó" alguna cosa más?

No esta vez. –Aysha sonrió. – Fue genial sólo conversar y poder relajarme un poco. Aún así, Lianna se mostró ansiosa por el momento de besar al novio.

Carlo sólo sonrió y empujó la manga del smoking, para mirar la hora.

Creo mejor ir marchando. El tránsito va a estar difícil a esta hora.

Cuando llegaron al pre-estreno de gala, casi una hora después, encontraron el lugar bien movido por la presencia de invitados ilustres.

Al entrar en el hall del cine, iluminado por arañas de cristal, fueron a saludar a algunos conocidos. Aysha había acabado de aceptar un trago, hecho con jugo de naranja y champagne, cuando oyó una voz familiar saludarla con ironía.

Hola, Nina –dijo, volviéndose hacia su rival.

La morena la miró de arriba a abajo, entonces volvió a encararla con su aire provocante.

Aysha que... linda estás. Aunque el marfil no combine mucho con el cabello rubio, hiciste una buena elección. –diciendo esto, se volvió hacia Carlo y le ofreció su más deslumbrante sonrisa. – Caro, preciso realmente un trago. ¿Podrías ir a buscar uno para mí, por favor?

"Que genial", pensó Aysha. Bastaría que Carlo se alejara algunos pasos y la tortura comenzaría.

Dudo que conseguirás satisfacerlo por mucho tiempo.

¡Bingo! Aysha la encaró directo a los ojos y hasta consiguió sonreír.

No tengas duda que haré lo posible.

Bueno, tener una alianza de casamiento en el dedo debe tener sus ventajas –admitió Nina.

¿Cómo la de no sólo dormir con él?

Los ojos de Nina brillaron.

Yo preferiría ser su amante a su esposa, cara. De esa forma, tendría el placer, mientras su esposa todo el restante trabajo.

Aysha tuvo que contenerse para no tirarle el contenido de su copa al rostro de la morena.

Champagne –anunció Carlo, aproximándose y entregando una copa a Nina.

El discreto toque de una campana anunció que la película comenzaría a ser exhibida dentro de algunos minutos. Aysha dio gracias por poder librarse de la presencia incómoda de Nina, pero cual no fue su espanto, y evidente disgusto, al ver que la morena había reservado un lugar al lado de Carlo. ¡Aquello ya era demasiado!

Después que todos se acomodaron, las luces diminuyeron. Aysha se puso tensa al sentir la mano de Carlo posarse sobre la suya. Peor aún fue sentir su pulgar comenzar a rozar su muñeca de un lado a otro. Entonces él estaba sintiendo su tensión. Genial. ¡Y la sentiría mucho más hasta el final de la noche!

Las luces finalmente se apagaron y las imágenes surgieron en la pantalla. El filme era oír, con acciones subjetivas, y no había ni siquiera un toque de humor. Aysha lo consideró depresivo, a pesar del buen guión y de la excelente dirección y actuación del elenco.

La escena final mostró una dosis extra de violencia, y cuando los

créditos comenzaron a aparecer, ella vio a Nina retirar la mano del brazo de Carlo. Lanzó una mirada fusilante a la morena, cuya expresión transmitía pura satisfacción. Aysha sintió deseos de gritar.

Sin dudar, se puso de pie y se encaminó al corredor, donde acompañó a las personas en dirección a la salida, sin molestarse en esperar a Carlo. Sabía que Nina debía estar adorando todo aquello, pero poco le importó. Su paciencia tenía un límite.

Cuando llegaron al salón donde sería ofrecido el cóctel, paró un instante y forzó una sonrisa a algunos conocidos. No demoró en que Nina y Carlo aparecieran.

¿Por qué no vamos a un club nocturno? –Nina sugirió. – Aún no es tarde.

"¿Para verte intentar bailar con Carlo y seducirlo?", pensó Aysha, con indignación. "¡No si lo puedo evitar!"

No lo pierdas por nosotros –respondió Carlo, rechazando sutilmente la invitación y pasando el brazo por la cintura de Aysha.

Tensa, ella estaba definitivamente tensa. Carlo sintió deseos de besarla y consolarla, diciendo que no había nada de qué preocuparse.

Una leve sonrisa curvó los labios de él. Al verlo, Nina no entendió muy bien el motivo.

Conozco un lugar excelente, con música increíble. –pasando el brazo por el de Carlo, agregó: – ¡Les va a encantar!

No; gracias –respondió Carlo, alejando el brazo de ella delicadamente. – No podremos ir.

Nina sabía reconocer cuando era derrotada. Por eso, se limitó a dar de hombros con elegancia.

Si no pueden ir... –miró a Carlo. – Quien sabe en otra ocasión.

Aysha respiró hondo y soltó el aire lentamente, cuando Nina se retiró. ¡Cuanta osadía!

¿Carlo, come stai?

Un conocido del mundo de los negocios se aproximó para saludar a Carlo y Aysha dio gracias por eso. Por lo menos ella y Carlo no precisarían tocar aquel asunto por ahora. El hombre pareció sorprendido cuando ella preguntó sobre su esposa, hijos, sobre como les estaban yendo en la escuela y cuales eran las novedades en la vida familiar.

Lo dejaste espantado. –Carlo rió cuando el hombre se retiró.

Aysha también rió.

Su llegada fue en el momento justo –afirmó ella. – Si, porque estaba presta a golpearte.

¿En público?

Ella suspiró y lo miró en silencio durante varios segundos.

Esta no es la hora para frivolidades.

¿Nina te dejó enojada?

Aysha se forzó a continuar mirándolo a los ojos.

Ella nunca pierde una oportunidad de ir donde estamos nosotros.

Él estrechó su mirar.

¿Crees que no lo noté?

¿Ustedes fueron amantes? –Aysha preguntó directamente.

No.

¿Estás seguro? –las palabras salieron antes que ella pudiese darse cuenta.

Carlo permaneció en silencio durante algún tiempo.

Nunca me falló el discernimiento al respecto de las pocas mujeres que compartieron mi cama. Y créeme, Nina no fue una de ellas. ¿Nos vamos?

Él se enojó. Bueno, pero ella también, y por motivos muchos más consistentes que los de él.

Si, vamos –lo secundó.

El trayecto hasta el coche sólo fue interrumpido una vez, cuando tuvieron que parar para saludar a algunos amigos.

Estás muy silenciosa –afirmó ele, cuando llegaron a la calle.

Digamos que estoy siguiendo aquel dictado que dice: "Si no tienes nada de bueno que decir, entonces es mejor tener la boca cerrada".

Entiendo.

"No, no entiendes", concluyó Aysha. Carlo no tenía idea de como, para ella, era terrible no conseguir mantener su interés. Sentía recelos que algún día él se interesase por otra persona y la dejase de lado.

El trayecto hasta Rose Bay fue recorrido en un tiempo relativamente corto. Cuando Carlo estacionó en su lugar en el garaje, ella salió y se dirigió a su propio coche.

¿Qué estás haciendo? –Carlo preguntó.

Pensé que era evidente. Estoy yendo a casa.

Pero tus llaves están en mi apartamento.

“Maldición, es verdad”.

Entonces, voy a subir a buscarlas.

Diciendo esto, ella fue hasta el elevador y apretó el botón, casi sin contener la impaciencia mientras lo esperaba.

¿No crees que estás exagerando?

Aysha reconoció algo diferente en el tono de voz de Carlo, y una especie de sexto sentido la puso en alerta.

No, no lo creo.

Las puertas del elevador finalmente se abrieron. Aysha entró sin titubear y apretó el botón del piso correspondiente. Ambos

permanecieron en silencio mientras subían hasta el apartamento.

Ni bien Carlo abrió la puerta, ella pasó a su lado y fue a buscar las llaves.

Tus padres no te están esperando.

Voy a llamarlos.

Carlo respiró hondo.

Quédate.

Aysha lo miró.

Prefiero ir a casa.

Las palabras maliciosas de Nina la habían afectado más de lo que le gustaría admitir.

Voy a llevarte hasta allá –declaró él, en un tono de quien no admitiría un no.

No vas, no.

La expresión de Carlo se tornó implacable y su maxilar se endureció.

Intenta salir de este apartamento y verás hasta donde conseguirás llegar –la desafió.

Al oír eso, Aysha lo miró directamente a los ojos.

¿Fuerza bruta, Carlo? ¿No lo encuentras un poco drástico?

No cuando tu bienestar y seguridad están en juego.

Ella levantó el mentón, con aire de desafío.

¿Crees realmente que eso significa mucha diferencia? –levantó la mano cuando él hizo mención de hablar. – No. Vamos por lo menos a permitir que haya honestidad entre nosotros.

Nunca fui deshonesto contigo.

Aysha sintió un vacío por dentro. Hasta entonces, creía que tener apenas el cariño de Carlo sería suficiente, pero estaba comenzando a percibir que sería muy difícil contentarse apenas con eso.

Sin decir más nada, se dirigió al ascensor. Los veinte segundos siguientes de espera parecieron los más largos de su vida. Suspiró cuando las puertas finalmente se abrieron.

Acababa entrar al elevador y estaba presta a apretar el botón del subsuelo, cuando se sobresaltó al ver a Carlo también entrar en él.

Sal, por favor –le pidió.

Puedo llevarte ó seguirte con mi auto. Tú eliges –fue su respuesta.

Las puertas se cerraron y comenzaron a descender hacia el subsuelo.

Vete al infierno.

Una sonrisa se insinuó en los labios de él.

Esa no fue una de las opciones.

Infelizmente.

Por lo visto, no quieres que te lleve.

Las puertas se abrieron y Aysha salió sin decir nada. Su auto se encontraba estacionado próximo al de él y ella caminó en su dirección, oyendo el eco de sus tactos contra el piso.

Carlo abrió la puerta del pasajero de su Mercedes.

Entra.

Aysha no estaba ni un poco dispuesta a obedecerlo.

Voy a necesitar mi coche por la mañana.

La expresión de Carlo continuó impasible.

Iré a buscarte.

¡No quieras mandarme, maldición! –bramó ella.

Fue una larga noche, llena de momentos de furia contenida, de desilusiones e intentos de razonar. Y nada ayudó a aplacar el vacío que Aysha sintiera a partir do momento en que caviló la posibilidad de una traición por parte de Carlo.

Entra al auto, cara.

Aquella vez, el tono gentil casi la hizo desistir de argumentar. De repente, se vio luchando contra el deseo de llorar. Maldición, quería mantener la furia, y no llorar frente a él.

Quería anidarse en los brazos de Carlo y que la consolara, pero también quería mantener la furia y gritar toda su indignación. ¿Sería aquello alguna especie de síndrome pre-nupcial? El hecho que su casamiento no fuera una unión convencional descartó esa posibilidad.

Con un breve gesto de asentimiento, ella se sentó en el asiento del pasajero y ajustó el cinturón, mientras Carlo rodeaba el coche. Segundos después, estaban camino a la casa de ella.

Llama a tus padres.

Aysha tomó el celular de su cartera y digitó los números. Giuseppe atendió al tercer llamado.

¿Aysha? ¿Pasó algo?

No, papá. Llegaré a casa en quince minutos. ¿Podría apagar la alarma?

Aysha dio gracias porque no hubiera sido Teresa quien atendiera. Con certeza su madre haría preguntas que no estaba ni un poco de ganas de responder.

Cerró los ojos al imaginar a su madre poniéndose la bata y yendo a la sala a esperarla, para saber que pasó. Oh, Dios, no sabía si conseguiría aguantar tres enfrentamientos en una misma noche.

De hecho, ni bien Carlo la dejó en la puerta de su casa y ella entró, se deparó con Teresa esperándola. Aysha explicó que no había pasado nada, pero su madre no pareció muy convencida.

¿Estás segura que no pasó nada?

Estoy, mamma.

¿No discutiste con Carlo, o sí?

Aysha respiró hondo, intentando mantener una actitud neutra.

¿Por qué lo haría?

Voy a prepararnos un té –anunció Teresa, sin responder a la pregunta.

No, gracias.

Aysha no veía la hora de poder estar sola en su cuarto.

¿Vas a subir ahora?

Si. Buenas noches.

Gianna y yo te encontraremos mañana en el almuerzo –recordó Teresa, citando el nombre del restaurante. – Voy a reservar la mesa para la una.

Aysha besó el rostro de su madre.

Está bien.

Sin decir más nada, comenzó a subir la escalera. Al llegar al cuarto, se desnudó lentamente, se sacó el maquillaje y tomó un baño caliente, antes de acostarse. Si por lo menos el sueño tuviese el poder de hacerla olvidar...

Capítulo 5

Estaré ahí en media hora –anunció Carlo cuando Aysha atendió el teléfono, a la mañana siguiente. – Y no discutas –agregó, antes que ella tuviese oportunidad de protestar.

Conciente que Teresa estaba oyendo sus palabras mientras tomaban el desayuno, Aysha no tuvo otra alternativa a no ser dar una respuesta afirmativa.

Gracias –respondió, forzando una sonrisa. – Te voy a estar esperando. –colgó enseguida y tomó lo que le quedaba del café. – Era Carlo. Voy a terminar de arreglarme.

¿Vas a volver para acá ó irás directo a la ciudad?

Iré a la ciudad. Aún preciso escoger la loza y los cubiertos para la nueva casa.

Al llegar al cuarto, Aysha se puso un pantalón de lino, un top y una blusa abierta por arriba. Calzó zapatos cómodos, se aplicó labial y rimel y salió. Estaba descendiendo la escalera, ajustando la correa de la cartera en el hombro, cuando oyó el Mercedes de Carlo estacionar afuera de su casa.

Respiró hondo, intentando calmarse, y fue a su encuentro.

No precisaba que me vinieras a buscar –dijo, después de acomodarse en el asiento del pasajero.

Claro que precisaba –respondió él, poniendo el coche en movimiento.

No quiero discutir contigo, Carlo.

Entonces no discutas.

Aysha sonrió con amargura.

De repente, eso no es tan fácil.

Nina es una mujer que adora crear intrigas –afirmó él.

Ella te quiere, Carlo.

Ya estoy comprometido, ¿recuerdas?

No sé si eso hace mucha diferencia. Nina es del tipo que cree que todo está permitido en el amor y la guerra.

¿Y esto se está convirtiendo en una guerra?

Puedes tener certeza que si –respondió ella. – Y tú eres el premio, caro.

Entonces soy tu premio, porque tú ya venciste esta guerra.

No tienes idea de cuanto me consuela oírte decir eso.

El cinismo no combina contigo, Aysha.

¿Podemos cambiar de asunto, por favor?

Carlo circuló por algunas calles, entonces tomó la avenida para Rose Bay.

Reservé una mesa para cenar esta noche. Te paso a buscar a las seis.

Aysha apenas asintió. Minutos después, Carlo la dejó al lado del Porsche y partió cuando ella se sentó al volante.

El tránsito estaba terrible a aquella hora de la mañana y ya pasaban de las nueve cuando Aysha consiguió llegar a su destino. Su primera parada fue en una tienda de departamentos. Había estacionado y estaba camino allí cuando su celular comenzó a sonar. Era Teresa.

¿Aysha? Acabo de recibir un llamado de la boutique de novias. Tu tiara llegó de Paris, ¡pero está equivocada!

Aysha cerró los ojos un instante. Demoró un día entero para conseguir la liberación de la entrega de la tiara, un mes antes. Y encima habían mandado la tiara equivocada. Que excelente.

Está bien, mamma. No vamos a entrar en pánico.

Aquella era perfecta. Simplemente perfecta –se lamentó Teresa.

Voy a arreglarlo todo, puedes quedarte tranquila.

Un llamado de la boutique al fabricante, en Paris, y un servicio rápido de entrega resolverían el problema. No obstante, en su interior Aysha sabía que no sería tan fácil.

Ya hice eso –respondió la dueña de la boutique – Pero, infelizmente, no tienen ninguna no stock. El diseño es muy complicado y las perlas son traídas no sé de donde. En resumen, precisaremos escoger alguna otra cosa.

Muy bien, entonces vamos a hacerlo.

Durante la siguiente hora, Aysha fue a la boutique, eligió otra tiara del catálogo y el pedido fue hecho, después que el fabricante confirmara que tenían el nuevo modelo en stock.

Esta será definitiva –prometió la dueña de la boutique. Pero, ¿por qué oír aquello no dejó a Aysha más tranquila? Tal vez porque fue lo mismo que había dicho antes. Enseguida, volvió a la tienda, eligió la loza y los cubiertos, pidiendo que la entrega fuese hecha en la nueva casa. Ya pasaba del mediodía cuando recordó que faltaba comprar sus zapatos. Dios, ¿le daría tiempo de resolver eso, si el almuerzo con su madre y Gianna estaba marcado para la una? Tenía que ser.

Con eso en mente, entró en el edificio del Queen Victoria y subió al departamento de calzado, en el primer piso. Estaba caminando por el corredor de tiendas, después de comprar un lindo par de zapatos de satín, cuando el bracelete de una joyería le llamó la atención. Sin resistir la tentación, paró para admirarlo.

Estoy segura que bastará sólo ronronear de la forma correcta al oído de Carlo para que te compre eso. –Aysha reconoció la voz antes

incluso de darse vuelta.

Nina –dijo, sin darse el menor trabajo de parecer simpática.

Te iba a llamar para invitarte a tomar un café. ¿Tienes tiempo ahora?

Lo último que Aysha quería en aquel momento era conversar con Nina.

Gracias por la invitación, pero estoy realmente sin tiempo. Me voy a encontrar con Teresa y con Gianna ahora en el almuerzo.

En ese caso...

Nina abrió su cartera y retiró de ella un sobre pardo. Entonces lo colocó en la bolsa que Aysha traía en la mano.

Espero que te diviertas con esto. Estoy segura que vas a encontrar el contenido de ese sobre esclarecedor. –con una sonrisa maliciosa, agregó: - Ciao. Hasta mañana de noche, en la exposición.

Debido al círculo social que ellas frecuentaban, los constantes encuentros parecían inevitables. Aysha pensó en dejar de ir a la exposición, pero luego descartó la idea. Bruno no perdonaría su ausencia.

Al ver la hora en un de los relojes expuestos en la vitrina, se despidió de Nina y se apresuró en dirección a la salida. Teresa y su futura suegra ya estaban en la mesa cuando entró en el restaurante. Después de saludarlas con un beso en el rostro, se sentó en una silla.

¿Vamos a hacer los pedidos?

¿Conseguiste arreglar todo con la boutique? –Teresa quiso saber, antes de cualquier otra cosa.

Aysha encontró más fácil asentir que explicar todos los detalles a su madre. Después le contaría sobre el cambio de tiara.

Bene. –después que el mozo anotó los pedidos, Teresa se dirigió nuevamente a ella: – ¿Conseguiste comprar todo lo que precisabas?

Si, pero faltó escoger algunas piezas de lingerie. Pretendo ver eso después que almorzaremos. Hay algunas tiendas excelentes aquí, en Double Bay.

Ya eran casi las dos cuando las tres salieron del restaurante. Aysha se despidió de las dos y partió a hacer lo que le quedaba de las compras. No veía la hora que todo aquello terminara y que su vida pudiera volver a un ritmo normal. Entonces ella sería Aysha Santangelo, dueña de su propia casa y con un marido para cuidar.

Sólo de pensar en eso, sintió un calor agradable invadir su cuerpo e imágenes eróticas surgieron en su mente. A lo largo de las dos horas siguientes, la cantidad de bolsas dejadas en el Porsche fue aumentando. Una de las veces en que Aysha fue al auto, a guardar una de ellas, el sobre que Nina le entregara le llamó la atención. Curiosa,

lo abrió y retiró su contenido.

No se trataba de papeles, como pensó, sino de fotos. Varias fotos. La primera de ellas mostraba un hombre y una mujer entrando a un hotel. ¡El hombre era Carlo! ¡Y la mujer era la propia Nina!

Sintió un nudo en el estómago y miró la siguiente, que mostraba el nombre del Hotel Melbourne, donde Carlo se había hospedado tres semanas antes, cuando viajara de negocios. La foto siguiente mostraba a los dos entrando en un elevador.

Aysha continuó mirándolas, sin notar que sus manos se habían puesto trémulas. Nina y Carlo delante de una puerta numerada. Intercambiando un abrazo. Un beso. Aquello era más que evidente. Nina y Carlo estaban teniendo una aventura.

Aysha sintió sus piernas vacilar. ¿Cómo él tuvo el coraje de abusar de su confianza? Si Carlo pensaba que ella aceptaría aquel tipo de situación, ¡estaba muy equivocado!

Furiosa, metió las fotos en el sobre y lo tiró dentro de la bolsa. Entonces se sentó al volante. Iría a la oficina de él, a poner todo aquello en limpio.

No obstante, el embotellamiento por causa de un accidente ocurrido a cierta altura del trayecto hizo que acabara desistiendo de ir a buscar a Carlo a la oficina.

Llegó a casa después de las cinco y casi no había atravesado la puerta cuando su madre la llamó a la cocina.

Iré en un minuto –respondió. – Primero voy a llevar las compras a mi cuarto.

Así tendría un momento para prepararse para enfrentar el mundo después de lo que acabara de descubrir. Dejó las bolsas en el cuarto y el sobre con las fotos debajo de su almohada.

Después de lavarse el rostro y refrescarse, descendió al piso de abajo. Un aroma de especias salía de la cocina. Teresa había decidido cocinar y estaba preparando un guiso. Después de mover la cazuela, miró a su hija.

No me contaste bien lo que pasó en la boutique. –Aysha sabía que no estaría libre por mucho tiempo. Entonces le explicó los detalles de lo que había pasado, ya anticipando la reacción de su madre. Y no se decepcionó. – ¿Por qué no fuimos avisadas antes del problema? ¿Por qué te hicieron cambiar el pedido? ¡Nunca más entraré a aquella boutique!

No será preciso –dijo Aysha. – Puedes estar segura que no pretendo pasar por todo esto nuevamente.

¡Pasamos horas escogiendo aquello y ahora nos tendremos que contentar con un pedido de segunda mano!

Madre. – Madre era grave. Cuando Aysha llamaba a Teresa "madre" era porque estaba cerca a explotar. – Calma, ¿si? Estoy tan desilusionada cuanto tú, pero tenemos que ser prácticas. Quedé satisfecha con el otro modelo y ellos prometieron que lo entregarán a tiempo.

Voy a certificar eso por la mañana.

No es necesario.

Claro que si, Aysha. Ya tuvimos demasiados problemas con esa gente.

Aysha sintió que explotaría si continuaba hablando sobre aquello.

No tengo más tiempo para discutir eso ahora. Preciso arreglarme y encontrarme con Carlo en menos de una hora.

Contó hasta diez mientras se dirigía al cuarto. Diferencias de opinión eran una cosa, pero hacer una guerra por todo era muy diferente. Y muy desgastarte. Después de tomar un baño y secarse el cabello con el secador, moldándolos en sedosas mechas, se colocó el largo vestido negro de chiflón. Aplicó un maquillaje más cargado para la noche. Al final, los guerreros se pintaban para ir a la batalla, ¿no? Y ella juraba que habría una guerra antes del final de la noche.

Se miró al espejo. Su imagen transmitía elegancia en todos los sentidos. Si, estaba pronta para luchar. Cuando descendió. Teresa estaba poniendo la mesa para cenar.

Ya estoy saliendo, mamma.

Diviértete.

Gracias.

Quince minutos después estacionó el Porsche en el garaje, al lado del Mercedes de Carlo. Tomó el sobre con las fotos y salió con paso firme en dirección al elevador.

Carlo abrió la puerta segundos después que ella tocara el timbre y Aysha vio un brillo de apreciación masculina en los ojos de él. Como siempre él también estaba impecablemente elegante, trajeado con un smoking negro. De hecho, sería demasiada ingenuidad esperar que un novio tan perfecto como aquel también fuese fiel.

¿Qué pasó? –preguntó él, frunciendo el ceño.

¿Qué te hace pensar que ha pasado algo?

Aysha, nunca fuimos de estar jugando con adivinazas, y ahora no a vamos comenzar con eso.

Juegos. Subterfugios. Decepciones. Era todo la misma cosa.

¿En serio?

Habla de una vez, Aysha. Soy todo oídos.

Ella pasó sus dedos por el borde del sobre, entonces se lo entregó.

Estás equivocado. Soy yo quien se quedará oyendo y tú quien

tendrás que explicarte.

Carlo tomó el sobre, frunciendo el ceño una vez más.

¿Qué diablos es esto?

Ábrelo y velo por ti mismo –respondió ella.

Aysha se quedó mirándolo sacar las fotos del sobre e ir mirando una por una. La expresión del rostro masculino prácticamente no se alteró. Carlo realmente tenía mucho autocontrol.

Esclarecedor, ¿no crees? –ironizó Aysha. Él la miró a los ojos.

Mucho.

Ella cruzó los brazos y dijo:

Creo que merezco una explicación.

Bueno, realmente me hospedé en ese hotel y Nina también estaba allí. Pero ella fue sin ninguna demostración de interés de mi parte.

¿Y eso es todo lo que tienes para decirme?

Hasta donde sé, si.

¿Quieres decir que Nina sólo se quedó de pie del lado de afuera de la puerta de tu apartamento? ¿Realmente crees que voy a creer eso?

Es la verdad –afirmó Carlo, sin alterarse.

Soy muy conciente que nuestro matrimonio se va a basar en una conveniencia, pero exijo por lo menos tu fidelidad Carlo.

Él estrechó su mirar, mostrándose irritantemente calmo.

Mi fidelidad no está en juego.

¿No? –indagó Aysha.

¿Podrías repetir la pregunta?

¿Por qué? –ella preguntó. – ¿Qué parte no entendiste?

Oí las palabras pero estoy teniendo dificultad en comprender el motivo.

Ella se pasó la mano por el cabello, intentando contenerse.

Es simple: en nuestro matrimonio sólo hay para dos. ¡No voy a admitir que tengas una amante!

¿Y por qué tendría una? –preguntó él con calma.

¿Para complementar aquello que compartimos en la cama? –Aysha ironizó.

La expresión de Carlo no se alteró.

Nina hizo un excelente trabajo, ¿no? –indagó él. – ¿Será posible que prefieras creer más en ella que en mí? ¿Qué compartimos en la cama, Aysha? ¿Sexo placentero?

Un brillo de furia surgió en los ojos de ella.

Por lo visto, no lo suficiente –respondió. Algo surgió en la mirada de Carlo. Una emoción que Aysha no se tomó el trabajo de in tentar entender.

Nina tiene mucho que explicar –dijo él.

Por lo menos en eso concordamos.

Vamos a dejar una cosa bien clara, Aysha. Tú tienes mi voto de fidelidad, y yo el tuyo. ¿Entendido? –ella no respondió y Carlo continuó esperando la respuesta. – ¿Aysha?

Ella respiró hondo.

Aún sabiendo que Nina es una mala persona, encuentro demasiada coincidencia que ustedes hayan estado en Melbourne en la misma fecha, en el mismo hotel y en el mismo piso. Las pruebas fotográficas tienen un gran peso, ¿no crees?

Carlo se pasó la mano por los cabellos, pareciendo impaciente.

¿Tampoco se te ocurrió que es extraño que un fotógrafo hubiera estado justamente en el hall del hotel cuando Nina y yo entramos... coincidentemente juntos? ¿Y también el hecho que ella haya escogido un cuarto convenientemente próximo al mío? ¿No crees que fue demasiada conveniencia que el fotógrafo estuviera en el lugar y la posición precisa para sacar fotos muy bien arquitectadas?

¡La estabas besando!

Corrección: ella me estaba besando.

¿En serio? Pues eso no parece ser mucha diferencia para mí.

Si hubiese algunas fotos más sacadas después de ese momento que fue registrado, todo quedaría más claro. Pero, evidentemente, Nina no te quiso entregar esa parte de las fotos.

Según ella, tú representas una especie de premio mayor en la búsqueda de un marido ideal. Rico, guapo y un amante maravilloso. –ella sonrió con amargura. – Palabras de ella, no mías.

Un elogio vacío, tomando en cuenta que es falso.

Aysha estrechó sus ojos.

¿Estás queriendo decir que rechazaste a una mujer experimentada y totalmente disponible como Nina? Cuanta nobleza.

Carlo se adelantó y tomó el mentón de ella entre su índice y su pulgar, aumentando la presión cuando ella intentó alejarse.

¿Por qué querría tener una rápida relación sexual con una mujer que no significa nada para mí?

¿Para saciar un momento de mero deseo físico? –arriesgó ella, sin importarle la presión de los dedos de él en su mentón.

No me provoques, Aysha.

Ella lo miró bien a los ojos al decir:

¿Cómo te sentirías si la situación fuese a la inversa?

Carlo endureció su maxilar.

Yo mataría al sujeto.

El tono de voz de él transmitió una furia controlada. La mano que estaba en su mentón se deslizó para su nuca y se mantuvo allí.

Sería una actitud un poco extrema, ¿no te parece? –le preguntó a él.

¿En serio lo crees?

Ese tipo de actitud te podría costar caro. Podrías acabar yendo a prisión y tal vez pasar el resto de tu vida allá.

No por el tipo de muerte que yo provocaría.

Aysha lo observó por un instante. Entonces entendió lo que él quería decir con aquello. Carlo tenía el poder y la influencia suficientes para arruinar la vida financiera y la carrera de una persona, si quisiera. Y podría hacer eso sin dejar el menor vestigio de su acción.

Me voy a mudar a nuestra casa durante algunos días –le dijo a él, en un impulso. Delante de la mirarla sorprendida de Carlo, explicó: –Es la casa ó un hotel.

Carlo sintió deseos de agarrarla por los hombros y sacudirla, para hacerla despertar. Era difícil intentar convencer a alguien de la verdad cuando la persona no se disponía a oír.

Si es eso lo que prefieres –apenas contestó.

Gracias.

Aysha fue fríamente educada, manteniendo una actitud distante.

Reservé la mesa para dentro de media hora –dijo él. – Es mejor irnos, si no queremos atrasarnos.

Ve solo, Carlo. Ó no vayas, si lo prefieres. Tu decisión poco me importa.

Diciendo eso, ella fue hasta el cuarto, tomó algunas piezas de ropa y algunos ítems de higiene personal, conciente de la mirada de Carlo sobre si durante todo el tiempo.

Por un momento, se sintió sola, completamente sola. Pero sabía que aquello era ridículo. Contrariada consigo misma por aquel tipo de pensamiento, tomó la cartera y se la colgó del hombro.

Aysha.

Él observó que ella había tomado algo de ropa. Eso debería dejarlo más tranquilo, pero Carlo no consiguió dejar de sentirse aprehensivo. Al oír su llamado, ella giró para mirarlo.

De momento, nada de lo que puedas decir significará una diferencia para mi –le dijo ella.

Entonces pasó por su lado y se dirigió a la salida. Pensó que Carlo iba a intentar detenerla, pero eso no pasó.

El elevador llegó poco después y Aysha descendió directo al estacionamiento.

Carlo se quedó delante de la amplia ventana de vidrio, manteniendo las manos en los bolsillos. Después de algunos minutos

de tensión, tomó el teléfono y digitó un número.

El detective privado era un de los mejores profesionales en el área y, con el uso de la tecnología moderna, el hombre tendría la respuesta que él quería dentro de pocos días.

Enseguida, hizo tres llamadas más y ofreció una absurda cantidad de dinero para asegurarse que sus pedidos, ó mejor dicho, sus órdenes fuesen obedecidas dentro del plazo.

De allí en adelante, sólo restaría esperar. Y continuar soportando el comportamiento de Aysha algunos días. Después de eso, no habría más lugar a la confusión.

Volviendo a aproximarse a la ventana, pasó su mano por entre su cabello una vez más. Aún así, la fuerza no era la respuesta. Apenas la prueba en si, la prueba irrefutable.

En el mundo de los negocios, era esencial cubrir todas las bases y ofrecer apoyo. No veía porqué eso tampoco podría dar resultado en su vida privada.

Capítulo 6

Aysha era ajena a la noche del lado de afuera del vehículo y los faroles de los coches que veían en la dirección opuesta. Manejando como una autómata mientras cruzaba calles, pasó por el Harbour Bridge y llegó casi que por milagro al suburbio de Clontarf. Tal vez por ayuda divina, pensó con amargura, mientras accionaba el control remoto que abría los enormes portones metálicos de la mansión que Carlo construyera.

Las luces automáticas se encendieron cuando llegó a la puerta del garaje. Al entrar, verificó la alarma y la colocó en el modo de operación de vigilancia externa.

Estaba todo tan quieto que Aysha fue de manera automática hasta la sala para prender la televisión. Entonces miró alrededor y observó la decoración perfecta del lugar.

Una casa linda, lujosa, con todos los detalles trabajados a la perfección. Excepto uno: la relación de la pareja que en breve debería habitarla.

Un suspiro triste se le escapó por entre los labios. ¿Aquella fuga temporaria fue una tontería ó no? A fina de cuentas, ¿qué podría ganar con tal actitud?

"Maldición", pensó. Nina plantara aquellas semillas de la discordia de manera deliberada.

Al sentir un temblor recorrerle el cuerpo, rumbeó con pasos firmes hasta el closet. Ya era tarde, estaba sintiéndose exhausta y todo lo que precisaba era un buen baño, sábanas limpias y una buena noche de sueño. Con todo, al tomar un juego de ropa de cama, frunció el ceño y decidió no dormir en el cuarto principal. Tal vez uno de los cuartos de huéspedes, que no despertase tantos recuerdos, fuera más saludable. Además, no quería sentirse sola en medio de la enorme cama de dos plazas, que ya fue el palco de su rendición a su amor no correspondido.

Después de bañarse y de vestir una camisola leve, se acostó en la cama individual del cuarto escogido y se quedó allí, parada, mirando la oscuridad mientras su mente hervía, sin dejarla dormir.

Carlo. ¿Estaría él en la cama, sin conseguir pegar un ojo? ¿Ó habría optado por salir a algún lugar? ¿Y si Nina estuviese allá también? Sería la oportunidad perfecta para que se aproximara a él y... "Oh, por el amor de Dios, Aysha, ¡pare con eso!", se reprendió. "Sé inteligente."

El problema era que parecía imposible ser inteligente en aquel momento. Como si no bastase, el sueño parecía no querer alcanzarla.

Lo máximo que consiguió fue dar una serie de pequeñas cabezadas agitadas, pues la noche se arrastró con impresionantemente lenta hasta que el sol de la mañana comenzó a iluminar el cuarto. Al mirar la hora, verificó que aún era poco más de las seis de la mañana. No precisaba levantarse tan temprano, pero le pareció imposible continuar en la cama.

Respirando de manera profunda, se levantó y, descalza, fue al baño antes de dirigirse a la cocina. Después de un desayuno leve, decidió nadar un poco antes de arreglarse para salir con Teresa, que llegaría a las diez.

Ya eran casi siete y media cuando salió de la piscina. Se secó mientras caminaba por el patio, hasta el interior de la casa. Ni bien entró, oyó sonar el teléfono. Sin pensar, lo atendió por reflejo, en italiano.

¡Pronto!

¿Dormiste bien?

Aysha respiró de manera profunda al oír aquella voz tan familiar.

¿Por qué? ¿Esperabas que pasase la noche en vela?

Hubo una breve pausa antes que Carlo volviera a hablar, lo que hizo en un tono que dejaría a cualquiera aprehensivo.

No me provoques, cara.

Oh, estoy temblando de miedo –lo provocó ella, con falsa dulzura.

Deberías estarlo de verdad.

El timbre de voz de él se tornó aún más grave, provocando un escalofrío en Aysha. Fue preciso esforzarse para mantener el control y disimular lo que estaba sintiendo.

No me gusta sentirme intimidada.

Ni a mí me gusta sufrir una acusación falsa.

En aquel momento, cualquier desliz podría llevarlos a decir algo de lo que ambos se arrepentirían después. Lanzando mano a su fuerza de voluntad, Aysha intentó ser lo más educada posible.

¿Hay alguna otra razón para tu llamado, además de saber como dormí? Tengo millones de cosas para hacer.

Grazie –dijo él, con sarcasmo.

Eso la llevó a hacer una mueca y a responder con ironía:

¡Prego!

Después de colgar, Aysha se arregló y se sintió feliz porque Teresa llegó más temprano. Su madre estaba tan preocupada con la lista de cosas por hacer que ni notó su abatimiento. Mejor así. Si lo notase, su madre la acribillaría a preguntas, y era lo último que Aysha deseaba que pasara.

Al final de la tarde, no en tanto, cuando estaba presta a irse, su

madre dijo:

Noté que estabas un poco intolerante esta tarde. ¿Acaso te estás sintiendo mal? No estás enferma, ¿o si?

Es apenas un comienzo de jaqueca.

Lo que era algo muy próximo a la verdad.

Oh, toma un analgésico y ve a reposar.

Carlo y yo vamos a la apertura de la exposición de esculturas de la galería, esta noche –respondió Aysha, intentando no parecer irritada con tal perspectiva.

Oh, querida, mucho mejor entonces que él te llevará a pasar el fin de semana en Gold Coast. El descanso te hará muy bien –afirmó Teresa.

Pero Aysha dudaba de eso.

La galería estaba llena con los más diversos tipos de invitados. Algunos habían comparecido apenas para intentar conseguir algún destaque social, otros eran meros admiradores del arte y todavía estaba la categoría de los que pretendían comprar alguna pieza para sus colecciones.

Carlo y Aysha pertenecían a una categoría distinta. Eran amigos de uno de los artistas que exhibían sus obras y pretendían apoyarlo.

Ciao, bella –dijo una voz masculina, llevándola a volverse y sonreírle al atractivo muchacho que le enviara la invitación para ir allí.

¡Bruno! –saludó Aysha, abrazándolo con entusiasmo. – ¿Cómo estás?

Mucho mejor por verte aquí –respondió el artista, besándole el rostro con un sonoro beso. – Maldito sea ese novio tuyo, por haberte atrapado primero –alejándola, la miró a los ojos antes de encarar a Carlo y arquear una ceja. – Carlo, amici, ¿come stai?

Algo pasó entre los dos hombres. Aysha percibió que aquella confrontación se podría transformar en algo menos amistoso, entonces pasó el brazo por el de Carlo y se dirigió a su amigo:

Vamos, muéstranos tus trabajos.

A lo largo de la media hora siguiente caminaron por la galería, observando las piezas y conversando con algunas personas. Cuando Carlo se acercó a un grupo de conocidos para hablar sobre negocios, ella fue cerca de una de las esculturas de Bruno para apreciarla mejor.

Tus labios están sonriendo con generosidad, amiga, pero tus ojos están tristes –dijo el escultor. – ¿Por qué?

La boda será dentro de ocho días. Teresa y yo hemos pasado los últimos días haciendo compras y Carlo me ha llevado a eventos

sociales todas las noches.

Yo dije "triste", cara, no "cansada". Si tu novio no está cuidando bien de ti, tendrás que venirte conmigo.

Aysha sonrió y sus ojos brillaron de diversión.

Oh, ¿un duelo de espadas al caer de la tarde? ¿Ó sería con pistolas antiguas?

Bueno, yo tendría un gran placer en romperle la nariz.

Al girar para mirar Carlo, ella quedó paralizada. Bruno, siempre perceptivo; giró la cabeza en la misma dirección y dijo:

Ah, la malvada Nina.

La morena estaba liadísima y parecía perfecta en su impecable vestido escarlata, que delineaba cada curva de su cuerpo exuberante. Y parecía muy feliz por estarse exhibiendo a Carlo.

Bruno se inclinó y murmuró al oído de Aysha:

¿Debemos interrumpirlos?

Inmediatamente –respondió ella, curvando los labios casi sin conseguir sonreír.

¿Quieres que la entretenga? –ofreció su amigo, mientras se aproximaban a ellos.

Gracias, pero puedo pelear mis propias batallas.

Ten cuidado, cara, estás lidiando con una felina peligrosa y traicionera. –Bruno dejó de hablar cuando los alcanzaron. Entonces se dirigió a Carlo: – Aquí está tu novia, tu más precioso tesoro. –Lanzó una sutil mirada de desdén al inclinar la cabeza hacia la morena. –Hola, Nina.

Al verlo girarse y perderse en la multitud, Aysha sintió deseos de hacer lo mismo. Pero era mejor entrar en acción.

Querido, búscame una bebida, por favor... Sabes lo que me gusta –dijo Aysha, observando a Carlo salir a buscar un mozo.

Creo que has visto las fotografías –dijo Nina, lanzando una mirada maliciosa al cuerpo delgado de Aysha, y mirándola de arriba a abajo. – Deben haber causado un poco de estrés entre ustedes, ¿no?

Estoy segura que era esa tu intención.

Oh, ¡pero que inteligencia la tuya! –dijo la morena, con sarcasmo. – ¿Acaso decidiste castigar las transgresiones de él? Francamente, espero que si. Odiaría haberlo entregado a otra mujer.

Aysha sintió como si su pecho estuviese siendo comprimido por algo pesadísimo, pero consiguió controlar el tono de voz.

No aprovechaste tu mayor vocación.

¿Qué te hace pensar eso, queridita?

Vamos, actuando de esa manera, deberías haber seguido la carrera de actriz.

Le costó toda su reserva de energía y autocontrol, pero consiguió mostrarle una linda sonrisa a la morena antes de darle la espalda y dirigirse a una de las esculturas de su amigo.

¿Quién venció?

Siempre se podía contar con Bruno, entonces Aysha sonrió con amargura al decir:

Entonces lo notaste.

Ah, estuve cuidándote todo el tiempo –explicó él, enlazando un brazo alrededor de la cintura de ella. – Ahora, dime: ¿qué te parece esta pieza?

Hum... Es interesante. Diría que se asemeja a la idea que tengo cuando se habla de un dios africano de la fertilidad. Oh, no te ofendí, ¿no?

Por el contrario. Fue eso mismo lo que intenté representar.

Estás diciendo eso sólo para animarme –murmuró Aysha.

Bruno colocó la mano sobre su pecho con aire solemne.

Lo juro –aseguró él, haciéndola reír antes de mirarla a los ojos. – ¿Por qué no yo, cara? Yo te trataría como a una reina.

Lo sé.

Lo amas, ¿no?

¿Eso tan obvio?

Apenas para mí –afirmó Bruno, en tono sobrio. – Espero que Carlo sepa cuanta suerte tiene por eso.

Él lo sabe.

Al oír una tos detrás de si, Aysha se volvió y encontró la mirada intensa y amenazante de Carlo. Entonces se alejó con delicadeza del abrazo de su amigo.

Estaba analizando la escultura de Bruno.

No me vengas con jueguitos, cara –dijo él, cuando el escultor se alejó.

Entonces haz lo que dices, queridito –provocó Aysha. – Y, por favor, tráeme aquella bebida, ¿si? Eso dará a Nina otra oportunidad de emboscarte.

Carlo comenzó a maldecir bajito pero se contuvo. Entonces retomó el control y dijo:

Podemos salir de aquí amigablemente... ó no. La elección es tuya.

Bruno quedará lastimado.

Garanto que lo superará.

Yo podría hacer un escándalo –amenazó ella, llevándolo a hacer una expresión aún más severa.

Eso no haría ninguna diferencia.

Si, lo haría. Eso daría a Nina el delicioso placer de ver, en primera

fila, una discusión entre ellos.

Creo que es mejor comenzar a despedirnos –dijo ella en tono de disgusto, volviendo atrás en su amenaza. Diez minutos después estaba sentada en el asiento del pasajero del Mercedes, atravesando Harbour Bridge rumbo al suburbio de Clontarf.

Ella no dijo una palabra siquiera a lo largo de todo el trayecto y, ni bien Carlo paró el coche en la puerta de la casa, Aysha salió del vehículo. No ganaba nada en pedirle que no la siguiese, entonces se ahorró el trabajo.

Bruno es un amigo. Un buen amigo –dijo ella, sintiéndose ultrajada por la postura autoritaria de él. – Que es mucho más de lo que puedo decir al respecto de Nina.

Bruno y Nina no son relevantes. No son nuestro problema.

Entonces, ¿cuál es el problema, al fin de cuentas?

Nosotros dos –respondió Carlo, de manera sucinta y directa.

Bueno, ahí está. Nina no se incomodará ni un poco por verte casar conmigo, siempre y cuando pueda continuar siendo tu amante.

La mirada de él pareció centellear de irritación.

Nina tiene una imaginación diabólica.

Ve a casa, Carlo –dijo Aysha, en tono alterado. – Si no te vas ahora, puedo hacer algo de lo que me arrepentiré después.

Nada la prepararía para la salvajería contenida con que sus labios fueron apoderados por los de él, forzándola a abrir la boca y permitir que aquella lengua seductora minase su fuerza de voluntad. Fue un ataque deliberado contra su autocontrol. Fue un beso poderoso, punitivo, devastador. Las sensaciones de tiempo y espacio desaparecieron cuando una de las manos de él se deslizó por entre sus cabellos, masajeándole la nuca, mientras la otra la apretaba contra aquel cuerpo masculino de manera irresistible y posesiva.

Entonces la presión disminuyó y la característica punitiva cedió lugar a la pasión, transformando gradualmente aquel contacto en una caricia seductora que invadió su ser y la hizo vibrar y arder por dentro. Desde las emociones más carnales hasta sus sentimientos más sutiles. Al final, se sintió débil y vulnerable.

Pero de algún lugar dentro de si surgió la fuerza suficiente para que Aysha alejara sus labios de los de él. Su cuerpo temblaba contra el masculino mientras aquellos dedos hábiles le acariciaban el rostro y los labios.

Nina no significa nada para mí, ¿entendiste? Nunca significó y jamás significará.

Sin decir una sola palabra más, Carlo sólo la encaró. Aysha identificó sinceridad en su aire triste y decepcionado. Por algún

motivo, no conseguía alejarse de él.

Dejándose acercar más a aquel cuerpo masculino y fuerte, tuvo el rostro acomodado junto al hombro de él y sintió aquellos labios suaves rozando sus cabellos dorados.

Percibirlo allí, sentirlo tan sensual y poderoso, al mismo tiempo en que parecía tan sincero, la dejó dividida. Entonces murmuró:

No quiero que pases aquí la noche.

¿Porque me odiarás por la mañana? –La respiración de ella fluyó de manera trémula. – Yo me odiaría aún más...

Pero todo lo que Carlo precisó hacer fue besarla; para hacerla cambiar de idea. Parte de ella lo deseaba tanto que llegaba a parecer un tormento. Aún así, si cediese en aquel momento estaría completamente perdida. Y, para peor, no llegaría a ningún lugar.

Él la mantuvo en sus brazos por lo que pareció una eternidad, entonces giró el rostro de ella en su dirección e hizo que sus labios se encontrasen en un leve roce, acariciándola de manera más provocativa a cada instante, hasta aquello se transformó en un beso tan apasionado que hizo que casi todas sus dudas se disiparan.

Casi. Él sintió la oposición sutil de Aysha y, con gentileza, la alejó, sosteniéndola por los hombros.

Vendré a buscarte a las siete de la mañana, ¿está bien?

Fue fácil balancear la cabeza afirmativamente. Aysha lo observó darse vuelta y salir por la puerta, entonces oyó el motor ser prendido y partir. Después de quedarse allí, parada, por un tiempo indeterminado, fue hasta la puerta para trancarla, encendió la alarma y subió al cuarto.

Dormir parecía una meta imposible para aquella noche, entonces encendió la televisión para encontrar algo que la entretuviese. Después de pasar por todos los canales, descubrió que no había nada soportable, entonces fue a tomar un relajante baño caliente antes de acostarse.

En la semi-oscuridad del cuarto, se quedó mirando los vultos que la cercaban y la silueta del techo durante horas, antes de conseguir cabecear por primera vez. Pero el corto momento de sueño pareció no ocurrir, pues ella continuó despertando sin parar, asediada por una pesadilla en la cual Nina se transformaba en una vampiro y venía a atacarla.

Capítulo 7

Aysha despertó temprano, se colocó un traje de baño y pasó por la cocina para tomar un poco de jugo de naranja antes de ir a la piscina ejercitarse.

Después de quince minutos de nadar intensamente, salió del agua, se secó y volvió a la casa, dispuesta a arreglarse y tomar el desayuno.

Después de aquella noche prácticamente en vela, ya no se sentía dividida como la noche anterior. A la luz del día, le parecía mejor que Carlo y ella pasaran el fin de semana separados.

Manteniendo eso en mente, fue hasta el teléfono y digitó el número de él. Quien atendió fue la contestadota automática, lo que la llevó a colgar de inmediato. Tal vez él estuviese en la ducha ó, en el peor de los casos, podría estar de camino para allí. Llamó entonces a su celular, siendo atendida por el servicio de mensajes.

Maldición. Sería mucho menos complicado cancelar todo por teléfono que enfrentarlo personalmente.

Eran casi las siete cuando Carlo entró por la cocina, estrechando la mirada al verla vistiendo un jean desbotonado y una camiseta vieja.

No estás pronta.

No –respondió Aysha, en tono firme. – Creo que precisamos pasar el fin de semana separados.

La expresión de él transmitía una firmeza implacable.

Discrepo. Ve a cambiarte de ropa y arregla tu maleta. No tenemos mucho tiempo.

Dame un sólo motivo para que deba ir –exigió ella, irguiendo el mentón de un modo que siempre lo dejaba casi fuera de si, deseando besarla hasta transformar aquella furia en algo más placentero.

Podría darte infinidad, pero, de momento, estamos perdiendo un tiempo precioso.

Sin decir más nada, él se dirigió a la sala y subió la escalera de dos en dos escalones. Aysha lo siguió, observándolo entrar en su cuarto, abrir un armario, tomar una maleta de cuero y colocarla abierta sobre la cama. Entonces Carlo comenzó a meterse con su ropa, descartando algunas y colocando otras en la maleta, antes de abrir una de las gavetas y tomar un puñado de ropa interior sin darse el trabajo de escogerlas, colocándolas junto a las demás.

¿Qué piensas que estás haciendo?

Un par de zapatos de taco alto fue llevado a la maleta, después de un par de sandalias.

Pensé que era evidente.

El siguiente paso de la “investigación” ocurrió en el baño, donde él

tomó varios ítems de higiene personal y maquillaje, arrojando todo en un necesaire, antes de colocarlo en un rincón de la gran maleta. Aún en su frenesí, Carlo encontró tiempo para lanzar una mirada en la dirección de ella, mirándola de arriba a abajo.

Tal vez te quieras cambiar.

La mirar de Aysha brillaba de indignación.

No quiero.

Él se dio de hombros, apretó la tapa de la maleta y la cerró con habilidad.

Bueno, entonces vamos.

¿No me oíste? Ya dije que no voy a ir a ningún lugar.

Carlo estaba demasiado calmado. Peligrosamente calmado.

Ya pasamos por esta escena antes.

¡Pero que infierno! –bramó Aysha, dejando la cautela de lado. –Vamos a pasar por esto otra vez, si así lo quieres.

No –dijo él, en tono definitivo.

Colocando la correa de la maleta sobre uno de sus hombros, pasó el brazo por la cintura de ella y la colocó encima del otro con tanta facilidad que la hizo soltar un ruido gutural de ultraje.

Vamos, mald... ¿Qué crees que estás haciendo ahora?

Raptándote.

Pero... ¿Por qué?

Carlo salió del cuarto y comenzó a descender el corto trayecto de la escalera.

Porque nos vamos a Gold Coast, conforme lo planeado.

Aysha se debatió y no consiguió soltarse. Frustrada, comenzó a golpearle la espalda.

¡Ponme en el piso!

Él ni siquiera alteró el ritmo con el que estaba caminando mientras era golpeado en toda la región de la espalda, limitándose a soltar un leve gemido en el momento de los impactos más fuertes.

¡Si no me colocas en el piso ahora mismo, voy a hacer que la policía te encarcele por intento de rapto, robo y cualquier otra cosa que yo consiga pensar!

Llegando al hall de entrada, Carlo la colocó en el piso, bien delante suyo.

No, no lo vas a hacer.

Él era más grande, mucho más fuerte y tenía una expresión decidida en el rostro, pero Aysha no se dejó intimidar.

¿Quieres apostar?

Cálmate, cara mía.

¡No soy "tu querida"!

Al ver los labios de él curvarse, ella golpeó con su índice en el pecho de él varias veces, marcando el ritmo de su voz:

¡No te atrevas a reírte de mí!

Tomándola de los hombros, Carlo la sostuvo con firmeza.

¿Qué quieres que haga? ¿Que te bese? ¿Ó que te ponga sobre mis rodillas y te golpeé en tu delicioso y blando trasero?

¿Blando? –se indignó ella. Sus nalgas hasta eran más curvilíneas que las de la mayoría de las mujeres, pero con toda aquella gimnasia, ¡estaban bien duritas!

Si continúas peleando conmigo...

¡Blando! ¡Por favor!

... me veré obligado a optar por hacer una cosa ú otra.

Trata de ponerme un dedo encima para agred...

Carlo fue demasiado ágil, haciéndola perder el sentido del significado de las palabras cuando sus labios se encontraron. Ni bien comenzó y el beso furioso se transformó en pura pasión.

Aysha no supo decir en que momento su sentimiento cambió, pero sus puños cerrados se aflojaron y, en el instante siguiente, estaba acariciándole la nuca con los dedos, encantada con cada instante perdido en el tiempo. Todos sus sentidos la traicionaron, haciéndola sentir que el mundo exterior desapareciera y que sólo restaban ellos en el universo.

Carlo fue diminuyendo la intensidad del beso de a poco y con gentileza, hasta interrumpir el contacto. Aún así, continuó acariciándole el rostro con los labios firmes e invitantes. Aquello la estaba dejando loca.

Cuando lo vio alejarse de una vez por todas, todo lo que Aysha consiguió hacer fue encararlo de manera directa, sintiéndose incapaz de decir cualquier cosa.

Excelente. Ahora que tengo tu total atención, óyeme: un fin de semana en Gold Coast será excelente para nosotros, pues estaremos lejos de toda esta locura, sin compromisos sociales ni presiones de todos lados.

"Y sin ninguna oportunidad de toparme con Nina", pensó ella, arqueando una ceja pero quedándose en silencio. Después de algunos segundos, Carlo presionó los labios y entonces habló, en una mezcla de incentivo y súplica:

Última llamada, Aysha. Vamos ó nos quedamos. Está en tus manos.

El momento de discutir había acabado.

Vamos –respondió ella con firmeza, encantada al oír la carcajada ronca y aliviada de Carlo.

Entraron en el avión diez minutos antes del despegue y aterrizaron

en el aeropuerto de Coolangatta una hora después. Eran casi las diez de la mañana cuando se registraron en el hotel y, minutos después, estaban entrando en el cuarto. Era una suite lujosa y muy acogedora. La ventana que iba del piso al techo daba a un paisaje bello y tranquilo, ocupado en parte por el mar, en parte por la vegetación, por los chalets adyacentes y otros hoteles distantes. El imperceptible ruido de los coches, y de las personas parecía venir de muy lejos, como si ellos estuviesen en un lugar muy remoto.

Algunos minutos después, Carlo se unió a ella en la ventana, aproximándose por detrás y abrazándola por la espalda.

Cuanta paz –murmuró él, empujándola hacia si.

De verdad.

¿Y entonces? ¿Qué quieres hacer el día de hoy?

Lo mejor era salir pronto de aquel cuarto seductor e ir a algún lugar lleno de gente.

¿Un parque temático? –sugirió Aysha, reflexionando por un instante. – Ya sé. Dreamworld.

Él disimuló una sonrisa amarga.

Me encargaré de todo.

¿Sólo eso? ¿Sin oposición? ¿Sin obstáculos?

Podemos alquilar un auto e ir hasta las montañas. De allá hacemos uno de los muchos paseos –respondió Carlo, dándose de hombros con mucho encanto. – La elección es tuya.

¿Durante todo el día?

Por todo el fin de semana.

El tono de voz de él pareció tan solemne que Aysha pensó que lo vería hacer una veña militar.

Comienza a darme demasiado poder y eso puede empezar a afectarme –provocó ella, sintiéndose un poco más dueña de si.

Lo dudo.

Él la conocía muy bien. Tal vez demasiado bien.

Después de cenar, iremos al casino. Y pasaremos el día de mañana en el Movieworld.

Multitudes. Mucha gente. Eso la dejaría apenas con pocas horas que iban del comienzo de la madrugada hasta la salida del sol para estar en aquel cuarto maravilloso en la compañía de él, compartiendo la inmensa y atrayente cama redonda que había en el centro.

Poco después, vestidos como turistas, fueron al parque temático y participaron de todos los juegos y paseos que consiguieron. Cuando volvieron al hotel, al caer de la tarde, estaban más relajados. Pero apenas hasta el momento de tomar un baño y cambiarse.

Aysha precisó insistir para que utilizaran la ducha por separado,

pues sabía lo que pasaba cuando entraban juntos al baño.

Después de cenar en el restaurante del hotel, tomaron un taxi y fueron al casino. Se quedaron allá hasta la una de la mañana y, cuando volvieron al cuarto del hotel, Aysha estaba tan cansada como aprehensiva. ¿Qué pasaría en aquella enorme cama? ¿Sería capaz de resistir?

Habiendo sido la primera en ducharse, después de convencerlo que aún no cambiara de idea, se acostó deprisa e intentó relajarse mientras Carlo se bañaba. Cuando lo oyó aproximarse, fingió estar dormida y mantuvo la respiración lenta y controlada. Fue posible escucharlo soltar un suspiro y acostarse también. De a poco, la respiración de él también se calmó.

¿Qué significaba no querer algo y, al mismo tiempo quedarse frustrada porque no pasar lo que no se deseaba? Esa era la cuestión que llenaba la mente de Aysha en aquel momento. El tamaño de la cama acababa con cualquier disculpa de tocarlo por accidente...

Buen día, dormilona. Despierta y levántate.

Al oír la voz grave de él en tono animado, abrió los ojos y se molestó con la luz fuerte que llenaba el ambiente. El aroma de café fresco llenó sus narinas. ¿Sería posible que ya fuese de mañana?

El desayuno ya está aquí –anunció Carlo. – Tienes unos cuarenta minutos para comer, tomar un baño y vestirte, ó perderemos el ómnibus del mejor paseo turístico que encontré para Movieworld.

¿Qué pasó con la noche? "¡Dormiste como una piedra, eso pasó!", respondió una voz que hacía eco en su mente. "¿No fue lo que pediste?"

El paseo fue divertido y emocionante. Pasaron un día genial uno en la compañía del otro y de algunas decenas más de turistas de su grupo, todos muy animados y simpáticos.

Ya era de noche cuando tomaron el vuelo de regreso en el aeropuerto de Coolangatta, llegando a Sydney después de las nueve de la noche. Carlo tomó su coche en el estacionamiento y se dirigieron a la ciudad.

Por un breve instante, Aysha se sintió tentada a optar por el apartamento, pero Carlo no le dio opción cuando comenzó a manejar rumbo a Clontarf.

Ella se dijo a si misma que no se sentía decepcionada cuando lo vio entrar, verificar si estaba todo en orden en la casa y reajustar la alarma. El beso de él fue una caricia breve, un roce suave y provocante que la dejó sedienta por más. Entonces él giró y volvió al auto.

Media hora después, y apenas algunos minutos luego de su llegada a la casa, Carlo atravesó el apartamento y fue hasta el teléfono. Digitó una secuencia de números y aguardó. Samuel Sloane, uno de esos abogados extremadamente eficientes y dueño de excelentes fama y reputación, atendió en el séptimo toque e hizo una mueca de disgusto al oír el tono amargo de su cliente, que resolviera llamarlo a aquella hora, en plena noche de domingo y en casa. El hombre oyó lo que Carlo tenía para decir, aconsejó y advirtió en cuanto a lo que le estaba siendo instruido, y no se sorprendió al ver su opinión ser ignorada.

No estoy llamando para saber que es incierto ó arriesgado sobre proteger mis inversiones y lucros. Ya te dije lo que quiero que hagas. Elabora el documento. Estaré en tu oficina antes de las cinco de la tarde, mañana. Ahora, ¿será que nos entendimos?

El deseo de golpear el teléfono en su soporte era tanto que Carlo pensó que no resistiría la tentación de expresar lo que sentía.

Aysha pasó la mañana arreglando los puntos finales de la decoración más suave que encomendara hacía varias semanas. Había un mensaje en su contestador automático avisando sobre la, cuando llegó del viaje.

Al mediodía, verificó lo que hizo y concluyó que estaba perfecto. El siguiente paso sería salir con Teresa otra vez, que llegaría en cualquier momento a buscarla.

Pasó las horas siguientes con el diseñador que estaba haciendo su vestido, concretó algunos detalles con la organizadora del casamiento y consiguió parar para descansar a la hora de la comida de la tarde.

No te olvidaste que tenemos una cena con Gianna y Luigi esta noche, ¿no? –indagó su madre. Un increíble deseo de gritar de desesperación brotó en Aysha. No tenía el menor deseo de interpretar la "noviecita enamorada cerca de casarse", mucho menos delante de la mirada crítica de los padres de Carlo.

Al entrar en la casa, oyó un recado de él en el contestador automático, avisando que pasaría a las seis a recogerla.

Por un momento, llegó a retirar el teléfono de su base para devolverle la llamada, cancelando la cena, pero entonces desistió. No había opción, excepto encarar la noche que estaba por venir.

El baño caliente en la bañera de hidromasaje no la ayudó a relajarse, pero cuando el sistema de alarma anunció que el portón delantero fue abierto por el control remoto de Carlo, ya estaba pronta. Además, abrió la puerta después de oírlo salir del coche, mientras él aún estaba a medio camino de la entrada.

Era preciso admitir que él era un hombre extremadamente

atractivo. Fuerte, sensual y encantador. Cualquier traje que usaba le caía bien. Conociéndolo desde que tenía uso de razón, ¿que opción tenía, sino amarlo completamente?

¿Vamos yendo? –indagó Aysha, viéndolo estrechar la mirada.

Aún no.

Ella sintió un frío en el estómago.

No queremos llegar atrasados, ¿no?

Carlo estaba cerca. Demasiado cerca. De aquel modo era imposible mantener cualquier distancia mental, por mínima que fuese. Cuando aquella mano masculina le tocó el rostro, acariciándole una de sus mejillas, fue preciso contener el impulso de acercarse a él. Era como si estuviese siendo atraída por un poderoso imán.

Estás pálida.

Oh, ¿cómo era posible amarlo y odiarlo al mismo tiempo?

Tengo una jaqueca.

La expresión de él se volvió preocupada.

Voy a llamar y cancelar la cena.

Bien sabes que no tenemos esa opción –dijo Aysha, hallando difícil lidiar con la gentileza de él sin ceder.

¿Ya tomaste algún analgésico?

Si, ya.

Pobre piccola –murmuró él, curvándose para rozar con sus labios la frente de ella.

El cuerpo entero de Aysha se estremeció cuando los labios de él fueron dejando un trillo de besos suaves hasta encontrar los suyos. Se sintió entonces ser abrazada por aquellos brazos fuertes y sintió la boca invadida por la lengua de él, en una caricia seductora e insinuante. En aquel ritmo, luego no le restaría un sólo pensamiento racional.

Antes que fuese demasiado tarde, ella empujó el pecho de él con las manos e interrumpió el contacto. Los ojos de él parecían centellear de deseo.

Vamos a salir.

¿Realmente aquella era su voz? ¿Desde cuando aprendió a hablar con tanta sensualidad? Aún trémula, se soltó del abrazo de él y fue a buscar su cartera.

En el auto, se recostó en el asiento del pasajero y quedó con el rostro vuelto hacia la ventana, mirando el paisaje sin ver nada. No conversó y se sintió grata por el silencio de Carlo, que también duró hasta el momento en que estacionó el Mercedes detrás del coche de Teresa y Giuseppe.

Como siempre, la cena fue amenizada por mucha conversación en

italiano y por los asuntos de siempre, como las críticas de las madres de ambos sobre la opción de Aysha de continuar trabajando después de la luna de miel y las preferencias de los futuros abuelos sobre tener nietitas ó nietitos.

Lo que sorprendió a ambas familias fue la opción de Aysha de esperar algunos años antes de tener hijos. Para su propia sorpresa, Carlo la apoyó de manera incondicional, alegando que esa decisión le competía sólo de ella, al mismo tiempo en que la comprometió a decir a las dos parejas de futuros abuelos que ambos querían tener muchos hijos, aunque demorasen en comenzar a tenerlos.

En medio de aquella ruidosa reunión familiar, la amenaza de jaqueca de horas antes acabó por establecerse de una vez, dejando a Aysha aún más abatida.

Para su suerte, Carlo percibió lo que estaba pasando y la llamó para irse un poco más temprano que de costumbre. En pocos minutos, estaban en el Mercedes, rumbo a la mansión.

Capítulo 8

Me tiraste a los leones.

Siglo equivocado, cara –respondió Carlo, con seguridad. – Y tus tan difamados leones son, bien en el fondo, gatitos domésticos.

Teresa no acostumbra esconder las garras –comentó Aysha, en tono de constatación y no de crítica. – Hay ocasiones en que ser hija única es un fardo pesadísimo.

Sólo si tú permites que sea así.

La jaqueca pareció ponerse aún más fuerte, llevándola a cerrar los ojos.

¿Vas a comenzar a jugar al amante psicólogo?

Sólo estoy asumiendo mi papel de amigo.

Oh, aquella afirmación estaba llena de significado. Amigo. Era un lindo sentimiento afectivo, pero un sustituto pobre del amor verdadero, que hacía a un hombre matar y morir para sustentarlo.

Optando por quedar en silencio, Aysha no dijo más nada mientras el coche viajaba hacia Double Bay.

¿Cómo está la jaqueca?

Empeorando –murmuró ella, volviendo a cerrar los ojos cuando los faroles de otros coches la ofuscaron. Carlo no pronunció ninguna palabra más a lo largo de todo el recorrido hasta Clontarf, lo que fue un alivio para ella. Al abrir la puerta del auto, cuando pararon delante de la casa, giró para agradecer y despedirse, pero se quedó sin palabras al ver la expresión sombría de él.

Ni siquiera pienses en dispensarme –advirtió él.

No me digas: pretendes jugar al enfermero.

El silencio de él fue una elocuente confirmación de sus intenciones, entonces no le restó otra opción sino salir del vehículo e ir hacia la puerta de enfrente.

En pocos minutos, Carlo había encontrado el remedio para la jaqueca y se lo estaba entregando con un vaso de agua.

Toma esto.

Ella tragó los dos comprimidos y entonces le hizo una mueca de disgusto, diciendo con ironía:

Si, señor.

No seas impertinente –murmuró él, en tono gentil. Pero que maldición. Era más fácil lidiar con Carlo cuando él estaba nervioso. Toda aquella amabilidad era demasiado irresistible y la dejaba desarmada.

Aysha sabía que debería protestar cuando él se sentó a su lado y la empujó junto a si, sosteniéndola en su falda y acomodándola junto a

su pecho. Pero la voz suave en su mente le murmuró: "¡Cierra los ojos y aprovecha!".

Y fue lo que hizo.

Demoraría unos diez minutos para que los comprimidos surtieran efecto, entonces podría levantarse, agradecer los cuidados y acompañarlo hasta la puerta, antes de ir a dormir.

Permitiéndose disfrutar de aquel momento de placer, acomodó la cabeza junto al hombro de él y apoyó el rostro junto a aquel pecho masculino. Los brazos fuertes de Carlo la presionaron con un poquito más de fuerza, acomodándola junto a él. El silencio en la casa era absoluto, por eso el sonido de los latidos del corazón de él era lo único que ella podía oír.

Ya estuvo acomodada de aquella forma muchas veces antes. Primero como una criatura, después como amiga y entonces como amante.

Los recuerdos pasaron por su mente como en un filme colorido. Una caída y las rodillas raspadas en la época de la escuela. La vez que consiguió una nota máxima en el valet, y también el día en que fue la primera colocada en el recital de piano. Pero nada se comparaba a la intimidad que habían compartido en aquellos tres últimos meses. Fue realmente mágico. Tan espectacular que no había equivalencia.

Fue posible sentir los labios de él rozando sus cabellos, y su propia respiración fue poniéndose más lenta y calmada. Cuando Aysha despertó, la luz del día estaba entrando por la ventana del cuarto.

El cuarto principal. Estaba acostada de un lado de la cama enorme. A su lado, el cobertor estaba bajo, como si alguien acabara de levantarse. Haciendo un pequeño chequeo, descubrió que estaba apenas con la ropa interior.

Entonces su memoria se aclaró y, pestañando lentamente, Aysha verificó que la jaqueca había pasado. En aquel momento, la puerta del cuarto se abrió y Carlo apareció en la entrada.

¿Ya estás despierta? ¿Cómo está la cabeza?

Te quedaste –murmuró ella, casi sin reconocer su propia voz, que parecía agitada e inestable.

Por los cabellos húmedos y el hecho de que la única cosa que le cubría el cuerpo fuera una toalla al rededor de la cintura, él parecía que acababa de salir del baño.

Digamos que te pusiste renuente a dejarme partir.

Oh, Dios. Ella encaró la almohada a su lado por un instante y entonces volvió a mirarlo. Sus labios se abrieron y volvieron a cerrarse. Habrían hecho... No. Claro que no. Si así fuera, ella se acordaría. ¿Ó no?

Antes de poder decir cualquier cosa, tuvo que controlarse para no soltar un gemido al verlo sacarse la toalla y caminar con tranquilidad, totalmente desnudo, hasta el lugar donde estaba su ropa. Vistiéndose con calma, no dijo nada, ni siquiera cuando irguió el rostro y la cachó admirándolo en silencio. Los labios de él se curvaron en una sonrisa y su mirar se tornó tierno. Demasiado tierno para alguien con quien ella quería estar enojaba.

¿Te importa si uso uno de tus cepillos de pelo?

Los labios de ella se separaron, pero ningún sonido salió de su garganta. Gesticulando en dirección al baño de la suite, ella pestañeó y apenas dijo:

Sírvete.

Siguiéndolo con la mirada, lo observó atravesar el cuarto y desaparecer por el pasaje. En el mismo instante, miró alrededor en busca de algo para cubrirse mientras iba hacia el closet. Cuando comenzó a levantarse, lo vio volviendo al cuarto y volvió deprisa debajo del cobertor.

Voy a bajar, hacer café y preparar el desayuno –dijo Carlo. – ¿Diez minutos?

Si. Gracias –contestó Aysha, intentando comprender la decepción que sintió al verlo cerrar la puerta detrás de si. ¿Qué esperaba? ¿Que fuese hasta la cama y la sedujera? ¿Que intentase besarla para después hacer el amor?

Por más que quisiera negarlo, una parte de ella deseaba aquello más que nada. Soltando un gemido de disgusto consigo misma, salió de la cama y fue a tomar un baño.

Diez minutos después, entró en la cocina y fue recibida por el delicioso aroma del café recién hecho. Carlo estaba colocando huevos en un plato donde ya había tostadas, prontas para recibir un poco de manteca fresca.

Hum… –murmuró ella, en tono apreciativo. – Eres muy bueno en eso.

¿En preparar el desayuno?

Entre otras cosas –concedió Aysha, feliz por estar ambos vestidos, pues asó era más fácil lidiar con él.

Oh.

Desviando su mirar, al verlo sonreír, caminó hasta la cafetera. Fuerte, sin leche y con dos pequeñas cucharadas de azúcar. Nada mejor que eso para comenzar el día, después de una jaqueca y de despertar semidesnuda en la cama de la cual Carlo acababa de levantarse. Y sin recordar nada.

¿Puedo servirte el tuyo?

Si, por favor –dijo él, colocando uno de los platos delante de ella. –Ahora, come.

Hey, me pusiste mucho.

Come –repitió Carlo, con firmeza.

Eres tan malvado como Teresa –reclamó ella. Llevando la mano al mentón de ella, él hizo que Aysha lo encarase.

No, no lo soy.

El beso que recibió en sus labios fue suave e increíblemente sensual. Cuando lo vio interrumpir el contacto y alejar el rostro, sintió una gran tristeza.

Preciso irme. No te olvides que tenemos que ir a la fiesta de Zachariah, esta noche. Te llamo durante el día, para informarte del horario.

Faltando apenas algunos días para la boda, la presión estaba comenzando a aumentar. Teresa parecía haber descubierto una mina de problemas de última hora para resolver. Tanto que, al final del día, Aysha estaba en duda si hacía uno ó dos días desde que se despidiera de Carlo después del desayuno.

La necesidad de sentirse segura aquella noche era esencial, entonces todos los recursos eran válidos. Uno de los puntos de apoyo sería su traje. Eligió un vestido negro, justo, de escote bajo y con finos breteles en los hombros, dejando buena parte de su torso al descubierto, realzando su bronceado. Optó por usar algunas joyas: una gargantilla de oro, delicadas caravanas en forma de gota con un único brillante en el centro y, para completar, un fino bracelete de oro, minado de pequeños diamantes. Los zapatos Stiletto, de taco alto, fueron el toque final en su visual de "vestida para matar".

Al mirarse en el espejo, después de aplicar el maquillaje, concluyó que estaba excelente. Si alguien reparase en sus ojeras, tendría varias disculpas. Al fin y al cabo, era la semana anterior a la boda, una novia tenía una avalancha de compromisos para cumplir.

El mensaje de Carlo en su contestador automático le avisó que saldrían a las siente y media. La fiesta sería en Palm Beach, que quedaba a casi ochenta quilómetros de Vaucluse. Una hora de viaje, si el tránsito era razonable.

Aysha daría todo para no tener que ir. La perspectiva de encontrarse e interactuar con sus muchos conocidos y colegas no era nada agradable, pues sonreír y parecer satisfecha no pasaba de un acto dispuesto para agradarlos solamente.

La alarma anunció la llegada de Carlo, que abrió el portón con su control remoto personal. En el mismo instante, su estómago se contrajo y pareció formar un nudo apretado. Intentando actuar antes

que su sistema nervioso entrase en colapso, tomó la cartera que combinaba con los zapatos y descendió al hall, yendo hacia la puerta. Al abrirla, lo vio saliendo del cocho y volverse en su dirección, mirándola de arriba a abajo.

Con un enorme esfuerzo, trancando la cerradura y accionando la alarma al salir, caminó en dirección al vehículo, intentando no encararlo mientras él abría la puerta del Mercedes y la ayudaba a colocarse el cinturón de seguridad. En el instante siguiente, su puerta estaba cerrada y Carlo ya se acomodaba al volante, volviéndose de lado para encararla.

Sus miradas se sustentaron por más de un minuto, en silencio, sin movimientos, sin aliento. Oh, pero Aysha estaba respirando, ó sería imposible sentir el perfume seductor de aquella colonia masculina que perneaba sus narinas, trayendo recuerdos sensuales a su memoria.

¿Por qué los autos eran tan estrechos? Debería haber más distancia entre los asientos de adelante. Tal vez una divisoria. Sin ventanas. Si, eso sería mucho mejor. Conteniendo un suspiro, imaginó si él tenía la menor idea de cuanto esfuerzo le era necesario para permanecer con la expresión tranquila que estaba forjando.

Por suerte, Carlo quebró el silencio antes que sus ojos comenzar a llenarse de lágrimas.

¿Cómo estás?

Aquellas palabras eran apenas un saludo común, pero fueron capaces de hacerla estremecer por dentro, por dar la impresión de que a él le importaba de verdad.

Bien.

Aysha no pretendía dar ninguna respuesta que se aproximase a la verdad.

Entonces Carlo colocó el coche en movimiento, manejando con la firmeza de siempre, como si nada pudiese afectarlo. Volviéndose hacia la ventana para distraerse con el paisaje, Aysha no pudo ver el modo como él tensionó los músculos del cuerpo, frunciendo el ceño por un instante. La mente de ella se ocupaba de otras cosas. ¿Nina aparecería? Sólo le restaba rezar para que no, pero era una posibilidad. Además, era algo muy probable, considerando que la boda estaba muy próxima, lo que llevaría a la mujer a agarrarse a cualquier oportunidad que tuviese.

Al intentar imaginar qué tipo de esquema teatral la morena tendría en mente para provocarla en caso se encontrasen, Aysha quedó aún más desanimada. Tanto que las pocas palabras que estaba intercambiando con Carlo a lo largo del camino se transformaron en un pesado silencio, roto apenas por su propia voz, algunos quilómetros

después.

¿De verdad crees que es imprescindible aparecer allá esta noche?

Él la miró a los ojos por un instante.

¿Estás preocupada con la presencia de Nina? Eso no es necesario. No le daré oportunidad ninguna a ella para que haga algo desagradable.

Claro. ¿Entonces te crees capaz de controlarla? –indagó Aysha, con ironía.

Encarándola con aire serio, Carlo se giró hacia la calle otra vez, diciendo:

Velo por ti misma cuando lleguemos.

Oh, puedes estar seguro que será eso lo que haré.

Pensándolo bien, hasta aquella noche podría traer algo interesante.

Llegaron al lugar de la fiesta en un horario apropiado. Por el número de coches parados en la puerta, Aysha imaginó que debería haber por lo menos unos treinta invitados, pero avistó unos cincuenta cuando entraron en la casa, acompañados por el anfitrión.

Después de desfilar al lado de Carlo, por entre los invitados, distribuyendo sonrisas como si fuese la persona más feliz del mundo, ella percibió que estaba con hambre y dejó escapar un comentario.

¿No cenaste? –indagó Carlo, frunciendo el ceño.

Adivinaste –murmuró ella en tono irónico, pero ofreciendo una sonrisa teatral.

Deberías haberme avisado cuando fui a buscarte.

¿Por qué?

Los dedos de él le tocaron la mejilla.

Podríamos haber parado por el camino para comer.

El roce de Carlo llegó a la base de su nuca, haciéndola sentirse toda erizada de placer.

Por favor, no...

¿Estoy interrumpiendo alguna peleíta?

Ni bien oyó aquella voz, Aysha la reconoció de inmediato. Antes de girar, trató de conjurar una sonrisa bien delineada.

Nina.

La morena examinó con avidez la expresión de Aysha, entonces se volvió para el objeto de su obsesión, colocando la mano sobre la manga del traje de Carlo.

¿Problemas en el paraíso, caro?

¿Qué te hizo pensar que debería haber? –dijo él. Su tono parecía superficialmente gentil, pero dejaba clara una frialdad impar, combinada con la mirada amenazante que él lanzó en dirección de ella mientras alejaba su mano de su brazo con mucha firmeza.

La expresión de falsa decepción de Nina pareció haber sido elaborada para ser provocante y sensual.

Lenguaje corporal, querido.

¿En serio? –la sonrisa en los labios de él era visiblemente irónica. – En ese caso, te sugeriría que te esforzaras más, pues tu percepción en esa área no está nada bien.

Al oír aquello, Aysha sintió deseos de aplaudir. Si no fuese por estar involucrada emocionalmente, sería hasta divertido ver aquella batalla desarrollarse.

Bien sabes que eso no es verdad –contraatacó Nina.

Conozco apenas tu reputación. No tengo el menor conocimiento por experiencia propia –aseguró Carlo, con determinación pungente y en tono de severa constatación.

Era como si su voz contuviera una clara amenaza a cualquiera que osase contrariarlo.

Oh, querido, ¿en serio? ¿Tu memoria anda tan mal?

Ya frecuentamos los mismos lugares y nos sentamos a la misma mesa algunas veces. Eso es todo.

Nina lanzó un mirar breve y superficial en dirección a Aysha.

Si es así que lo prefieres –dijo ella con dulce ironía, soltando una risita malvada y balanceando la cabeza negativamente. – La cuestión es simple: ¿tu noviecita lo creerá?

Aysha pudo vislumbrar la sonrisa vengativa y la maldad en el mirar de la morena durante el breve instante en que se encararon, antes que Nina volviera a dirigirse a Carlo.

Ciao, queridos. Tengan una vidita feliz.

Al decir eso, la morena giró y se alejó caminando como si estuviese en un desfile, moviendo el cuerpo con ensayada sensualidad mientras se dirigía al otro lado del salón.

Creo que preciso un poco de aire fresco –murmuró Aysha, decidida a tomar también otra copa de champagne, para intentar aliviar la tensión que se acumulara en su cuerpo.

Los dedos fuertes de Carlo se cerraron alrededor de su muñeca.

Vamos juntos.

Preferiría ir sola.

¿Y dar esa satisfacción a Nina? –indagó él, ya en movimiento rumbo al jardín iluminado, que había más allá de la terraza.

Puedes estar seguro que lo último en que quiero pensar es en Nina obteniendo algún tipo de satisfacción.

El apretón de él sobre su muñeca se volvió un poco más intenso, haciéndola dejar de caminar y encararlo. Estaban en un punto aislado en el cual, a pesar de la buena iluminación, no había más nadie. Las

voces de los otros invitados parecían distantes y ahogadas por la vegetación que los cercaba.

Nunca te mentí, cara mía –dijo él, sustentándole la mirada con intensidad inigualable.

Hay una primera vez para todo.

Carlo quedó en silencio algunos segundos.

Me rehúso a aceptar que los planes malvados de Nina destruyan nuestra relación.

La mortal suavidad en el tono de voz de él debería haberle advertido de no retrucar, pero Aysha estaba más allá de la capacidad de controlar racionalmente sus impulsos.

¿Relación? No vamos a eludir sobre que nuestra unión es otra cosa a no ser un acuerdo comercial de beneficios mutuos –declaró ella, sorprendiéndose a si misma con la facilidad con que dijo aquello. –Una sociedad sellada por un casamiento, para garantizar la continuidad de un imperio financiero para la próxima generación de la familia.

Mientras esbozaba una triste sonrisa sarcástica, ella se vio sorprendida por la imprevisible reacción de Carlo, que rápidamente la levantó con uno de sus brazos y la colocó por encima del hombro.

Aysha protestó, ultrajada, golpeándolo en la espalda con los puños cerrados.

¿Qué piensas que estás haciendo conmigo? ¡¿De nuevo?!

Voy a llevarte a casa.

¡Ponme en el piso!

Permaneciendo en silencio, él ni se dio el trabajo de gemir cuando era golpeado en la espalda, soltándola apenas cuando llegaron al coche.

¡Br… bruto! –acusó Aysha, viéndolo abrir la puerta sin soltarle uno de los brazos.

Entra en el auto.

¡No te atrevas a darme órdenes!

Conteniendo el impulso de maldecir, Carlo la tomó de los hombros y la empujó contra él, cubriendo los labios de ella con los suyos con una presión punitiva, ignorando los intentos de ella de quebrar el contacto.

Después de resistir y de intentar rechazarlo algunos segundos, Aysha soltó un gemido cuando una de las manos de él la tomó de la nuca y la otra la presionó en medio de la espalda. Cuando sintió la lengua de él invadir su boca, se puso furiosa con su propio cuerpo traidor, que comenzó a cooperar con aquella provocación sensual.

Las manos que lo agredían quedaron paralizadas y, poco después,

comenzaron a acariciarlo. Sus labios se suavizaron y su cuerpo se amoldó al de él, haciéndola olvidarse de como estaba enojada momentos antes.

Al sentir el cuerpo de él estremecerse por entero, percibió cuan excitado estaba Carlo, lo que la dejó en el mismo estado.

Era como si estuviese ahogándose en un lago de sensualidad y seducción, sin la menor oportunidad de ser salvada de aquella sensación de placer. Sus labios parecían latir contra los de él. Su cuerpo entero clamaba por ser tocado.

Conforme él alejó el rostro y fue quebrando el contacto, Aysha tuvo la sensación de estar siendo succionada por un remolino. Incapaz de pensar, acabó rindiéndose y entrando al coche, antes que volviera a recostarse en él y abrazarlo, lo que sería aún más humillante.

Observando el paisaje con un mirar vago, intentó no volverse hacia Carlo cuando él ocupó el asiento del conductor y colocó el vehículo en movimiento.

No conversaron sobre nada camino a Clontarf. Cuando Carlo hacía alguna pregunta, sus respuestas eran cortas. La imagen de Nina surgía como un espectro en su mente, así como las palabras que la morena dijera y que hacían eco repetidamente en su cabeza.

Capítulo 9

Carlo estacionó el Mercedes en un espacio libre, en la avenida principal, apagando entonces el motor y soltando el cinturón de seguridad.

Aysha lo encaró con aire de indagación.

¿Por qué paraste aquí?

Inclinándose, él soltó el cinturón de seguridad de ella también.

Tú aún no cenaste, ¿recuerdas?

Una ola de náusea la dominó en el instante en que pensó en comer.

No tengo hambre.

Entonces vamos apenas a tomar un café.

Tengo derecho de decir algo al respecto, ¿ó pretendes llevarme adentro a la fuerza?

Perdiste kilo ó dos, has estado siempre pálida, y esas ojeras ya están queriendo volverse permanentes.

Y yo que pensé que estaba bien –dijo Aysha, con un suave tono de ironía.

Podemos comer aquí, ó puedo preparar algo cuando lleguemos a casa.

Eso significaba que Carlo entrara a la casa, se pusiera a gusto, la ayudara en la cocina y después… Ella no quería pensar en lo que acostumbraba pasar enseguida, cuando cenaban en casa. Ir para allá sería lo mismo que ignorar todo lo que la preocupaba.

Soltando un suspiro desanimado, abrió la puerta del coche. El dueño del restaurante los recibió muy bien, acomodándolos en una mesa central, próxima a la pista de baile. La música griega tocada en vivo era romántica, agradable y emotiva.

Carlo pidió café, pero ella se rehusó a beber. El café griego era deliciosamente fuerte, pero acababa con el estómago.

Té. Bien suave, por favor. Y no quiero nada para comer.

Aysha reviró los ojos cuando él pidió mosaka, uno de sus platos favoritos. Cuando el pedido fue servido, fue imposible rehusarse a la generosa oferta de que lo probara que Carlo le ofreció.

Estaba delicioso y, haciendo exactamente lo que él previera, Aysha tomó uno de los cubiertos extra y se sirvió un poco de la comida.

El pan fresco y con cáscara crocante era el acompañamiento ideal para el plato, así como el vino que les fue servido enseguida.

¿Estás mejor? –indagó él, cuando el mozo acabó de retirar los platos usados y colocar un nuevo cesto de pan delante de ellos.

No fue difícil sonreír en respuesta. El vino estaba ayudando a amortiguar la tensión que endurecía sus hombros.

Si.

¿Más té?

No, gracias.

¿Prefieres quedarte un poco más ó quieres irte?

Aysha lo miró con atención, pero no consiguió concluir nada a partir de su expresión, además de una especie de expectativa paciente. Había también una profundidad en su mirar que se mostraba indescifrable.

Lanzó entonces un vistazo a la pista, donde había algunas parejas bailando. Parte de ella quería la proximidad de su abrazo, de su calor. Con todo, había una parte de ella que estaba trastornada y lastimada. Las acusaciones de Nina aún hacían eco en su mente, aunque el vino la estuviese distanciando de la dura realidad de lo que oyera.

Todo aquello estaba pasando por causa de la boda. En aquel momento, lo último que quería era hablar de eso. En verdad, no quería decir ni oír nada, apenas sentir.

Me encanta la música de aquí. Es tan intensa, emocional...

¿Será que ella tenía la menor idea de cuan soñadora parecía al hablar? ¿Ó de cuanto demostraba de su fragilidad? Carlo sintió deseos de cerrar el puño y golpear la mesa. En verdad, le gustaría de ajustar cuentas con Nina, por causar tamaño dolor y tanto sufrimiento con sus maldades.

Más que nunca, deseaba llevar a Aysha a la cama y amarla hasta que las dudas desaparecieran. Pero era poco probable que tuviese tal oportunidad. Por lo menos, no aquella noche.

Era el momento de jugar a la espera. Al día siguiente, tendría todo lo que deseaba. No pretendía esperar ningún día más.

Inclinándose sobre la mesa, tomó la mano de ella en la suya y la llevó a los labios.

Fue un gesto sensual y cariñoso, que la hizo sentir un vértigo de placer. Mientras sus dedos eran besados, uno a uno, sintió que sus pezones quedaban entumecidos.

Baila conmigo.

El temblor en su cuerpo fue más intenso al oír la voz grave de Carlo sonar tan ronca, tan seductora. Oh, Dios, ¿qué pasaría si osase entregarse a aquellos brazos fuertes? ¿Qué vendría después? Permitir que fuesen a la cama no resolvería ningún problema. Peor, acabaría con su propia autoestima.

¿Bailar conmigo es algo tan grave así? –preguntó Carlo, viendo el titubeo en la expresión de ella.

Sé lo que pasa cuando lo hacemos.

Los ojos de él asumieron un brillo de excitación y deseo, mientras

sus labios se curvaron en una sonrisa encantadora.

Puedes estar segura que el sentimiento es mutuo.

Feromonas.

Oh –murmuró Carlo, sonriendo de manera más amplia mientras se ponía de pie y la hacía levantar.

Los animales son capaces de reconocer esas substancias, segregadas por otros de la misma especie, como atractivos del celo –explicó Aysha, intentando pensar con claridad.

¿Crees que ese es nuestro caso?

Fue posible sentir su cuerpo aflojarse al entrar en contacto con el de él. La sensación de estar flotando fue aún más intensa cuando aquellos labios seductores rozaron su sien.

Hum-hum. Lo creo.

¿Sería siempre de aquella manera? ¿Una sonrisa, un roce, un beso y listo? ¿Sería suficiente? Afecto y satisfacción sexual, sin amor.

La mayoría de las mujeres se satisfacía con menos. Mucho menos.

Fue con un lamento que Aysha oyó al conjunto dejar de tocar para descansar, algunas canciones después. Fue casi doloroso salir de aquel mundo sólo de ellos, que siempre la seducía cuando estaban juntos.

Después de pagar la cuenta, Carlo la condujo al coche y la 1levó a casa. Al parar en la puerta de la mansión, ella llevó la mano al pestillo y se volvió para encararlo, diciendo:

No precisa que te mol...

La mirada que recibió de él la hizo interrumpirse de inmediato.

No discutas conmigo.

Diciendo eso, él salió del vehículo.

Dentro de la casa, cuando se miraron, el deseo entre ellos fue más que evidente. Era como si ambos estuviesen atrayéndose todo el tiempo. La sensualidad que flotaba en el aire era casi enloquecedora.

Todo lo que precisas hacer es decirme que me quede –murmuró Carlo, encarándola con intensidad.

La mirada de Aysha se volvió triste. Sería tan fácil. Bastaría extender la mano y dejarlo asumir el control. Por un momento, pensó hacerlo. Negarlo sería como negarse a si misma. Aún así, había mucho que decir y, en aquel momento, sería difícil conversar con claridad.

Lo sé.

Levantando la mano y acariciándole el rostro, él apenas dijo:

Ve a la cama, cara. Mañana será otro día.

Soltándola, Carlo giró y salió por la puerta. Segundos después el motor del Mercedes fue prendido y su sonido se alejó de a poco, hasta desaparecer.

Estaba sola. Pensó que sería persuadida a dejarlo quedarse y estaba

decepcionada. ¡Aquello era incoherente! Si él hubiera insistido, se enojaría y no cedería. Aún así, en vez de sentirse aliviada con aquella partida pacífica, tenía la sensación de haber sido abandonada. Aquello era ridículo.

Accionando la alarma, fue a la suite, intentar enfriar la cabeza con un baño demorado.

¡Mamma! –protestó Aysha. – No preciso comprar más lingerie.

Pero que tontería, querida –declaró Teresa, en tono irreductible. – Nonna Benini mandó dinero con instrucciones específicas para que te compraras lingerie.

Después de pasar la noche en vela, todo lo que Aysha no quería era discutir con su madre. Entonces se volvió hacia la vitrina de la tienda e intentó sentirse conforme con la situación.

Está bien. Vamos a entrar.

Después de un largo tiempo, luego de comprar algunas piezas caras lo suficiente para sustentar una familia de clase media por una quincena, convenció a Teresa de acompañarla hasta una cafetería.

Vamos a hacer un intervalo de diez minutitos para tomar un capuchino, ¿está bien?

Excelente. Así podemos completar la lista –aprobó su madre.

Aysha concluyó que, si oyese la palabra "lista" una vez más, explotaría. Soltando un suspiro, hizo el pedido y la acompañó hasta la mesa. Fue preciso autocontrol para responder de manera educada.

No consigo pensar en más nada para adicionar.

Perfume, querida. Algo muy especial, para usar en el gran día.

Pero ya tengo mis preferidos en casa.

Sé eso. Y todos te caen bien, con certeza, pero en el día de la ceremonia deberías usar algo diferente. Sabes, algo para hacerte recordar el día más importante de tu vida.

Mamma...

Las madres sueñan con el casamiento de sus hijos desde el día del nacimiento. Principalmente si es una hija. Quiero que el tuyo sea perfecto, de todas las maneras posibles. Sé que tendrás una vida maravillosa con Carlo. El amor entre ustedes es lindo.

"Pero unilateral", pensó Aysha, en silencio. Al mismo tiempo en que deseaba algo más para si misma, como por ejemplo la certeza de que era amada, sabía que sería inútil "llegar al final del arco-iris".

Tu padre y yo tuvimos un casamiento simple por opción. Nuestros padres nos dieron dinero pero, en aquella época, estábamos invirtiendo todo en la empresa.

Lo sé –respondió, agarrándole las manos a su madre, con afecto. –

Doy mucho valor a todo lo que ya has hecho y aún haces por mí.

Ya eran más de las once cuando pasaron por el arco. La lista de pendientes recibió un ítem más, el tan renombrado perfume, que se reveló como la compra de una línea entera de productos y cosméticos.

Aysha apenas siguió la corriente. Comió un poco de ensalada de pollo cuando pararon para almorzar, tomó dos analgésicos para el dolor de cabeza e intentó mostrar interés en el resumen de regalos de casamiento que Teresa insistió en listar, ya que los paquetes estaban llegando "como lluvia", según ella.

A las tres de la tarde su celular sonó y, al atender, fue imposible no reconocer la voz grave de Carlo del otro lado de la línea.

¿Tuviste un buen día?

El pulso de su corazón se aceleró.

Estamos casi acabando las tareas de hoy.

Estaré en tu casa a las siete.

Conciente del interés de su madre sobre lo que era dicho, Aysha se esforzó para ser más amable de lo que deseaba.

¿Debo preparar algo para cenar?

No. Comeremos fuera.

Ok. Ciao.

Colgando, colocó el aparato en su cartera.

Carlo –dedujo Teresa, recibiendo una sonrisa de confirmación. – Si, él es un buen hombre, ¿ves? Tienes mucha suerte.

Sólo había una respuesta aceptable en aquel momento.

Lo sé.

Ya eran casi las cinco cuando ambas se separaron, cada una partiendo en su coche. En medio del tráfico, Aysha tuvo cuidado de esperar salir del alcance visual de su madre para hacer el camino de regreso e ir a la casa, en vez de al apartamento. Si sus padres supiesen que los dos estaban viviendo separados, en la semana de la boda, sería un escándalo.

Al llegar a la casa, encontró todo demasiado quieto. Sintiéndose impulsada hacer algo que no fuese encargarse de los preparativos de la boda, fue hasta el cuarto, se colocó un biquini y descendió al patio otra vez, yendo a la piscina.

Después de muchas brazadas, sintió que estaba más tranquila, en control de sus propios nervios. Se quedó boyando por algún tiempo y entonces nadó de espaldas hasta el borde, saliendo del agua y retirando el exceso de agua del cabello con una toalla. La humedad restante ayudaría a mantenerla fresca.

Recostándose en una reposera acolchonada, se quedó admirando la espléndida vista del puerto mientras descansaba. Sus ojos fueron

poniéndose pesados y el calor acogedor de la puesta de sol la hizo cabecear.

Fue en el borde de la piscina que Carlo la encontró una hora después, después de pasar algunos minutos de increíble preocupación buscándola por toda la inmensa casa.

El último lugar que pensó en mirar fue en la terraza. La sensación de alivio que tuvo fue aún mayor que el deseo de ir hasta allá y reprenderla por haberlo hecho pasar por tal agonía.

Deslizando la puerta en silencio, se quedó parando mirándola dormir. Hacía días que no la veía tan relajada. Era una pena precisar despertarla de aquel sueño profundo y tranquilo.

Una sonrisa le curvó los labios. Deseaba acercarse y acariciarla hasta hacerla despertar por completo, besándola y explorando cada centímetro de aquel cuerpo perfecto. Quería ver aquellos lindos ojos abriéndose delante de los suyos, expresando amor y cariño en el momento en que lo identificase.

El problema era que, del modo como estaban las cosas, la reacción que obtendría sería muy diferente de la que él tanto deseaba.

Capítulo 10

Aysha

Ella estaba soñando y fue preciso luchar para salir del sopor del sueño al oír su nombre. Era Carlo.

La escena que pasaba en su mente se fundió a la realidad. El lugar y la persona eran correctos, pero la situación bastante diferente.

Levantándose, se puso de lado y colocó los pies en el piso, dudando un momento, antes de levantarse.

¿Ya es tan tarde? Debo haberme dormido –murmuró Aysha, tomando conciencia de cuan atractivo era él y bien arreglado. – Voy a tomar un baño y vestirme.

Dejándola pasar delante, Carlo la siguió dentro de la casa. Al verla subir la escalera, se dirigió a la cocina y tomó una lata de refresco de la heladera. Haciendo una mueca al ver que era dietético, soltó un suspiro y la abrió aún así. Comenzó a beber y a caminar de un lado a otro, sintiéndose demasiado agitado para quedarse parado en un sólo lugar.

Había nuevos detalles de la decoración que volvían el lugar aún más acogedor. Pero, si desfrutarían ó no de aquella comodidad como dos personas felices, aún era una incertidumbre.

Al verificar el reloj, constató que apenas cinco minutos habían pasado. Aysha demoraría por lo menos más media hora para acabar el baño, secar su cabello, vestirse y aplicarse maquillaje.

En verdad, ya habían pasado cuarenta y cinco minutos cuando ella volvió al piso de abajo. El vestido de noche, hecho de un finísimo tejido color salmón, parecía adherirse a aquel cuerpo escultural de manera de hacerle recordar a una sirena. El maquillaje leve le realzaba los ojos castaños y los cabellos dorados, presos en un moño refinado y elegante. Una única mecha enrulada le caía por el rostro y llegaba a la altura del mentón, dando un toque de encanto irresistible a su visual.

Aysha no encontró difícil sustentarle la mirada cuando se encararon, pero fue imposible impedir la aceleración de sus latidos cardíacos al verlo mirarla de arriba a abajo con aire de deseo y comenzar a aproximarse.

¿Vamos saliendo? –lo invitó, manteniendo su voz en un tono calmo.

Antes de irnos, hay algo que quiero que leas.

Carlo tomó un sobre pardo que dejara sobre una mesa próxima y se lo entregó a Aysha.

La persona tierna y maravillosa de una semana antes ya no existía.

Excepto, claro, cuando estaba interpretando un papel enfrente de otros.

Cuando estaban solos, la espontaneidad de la risa de ella desapareciera, así como la alegría en sus ojos y en su comportamiento.

La escena que Carlo hizo junto a Nina, horas antes, generara algunas consecuencias, pero eso no importaba. La alegría de Nina, al aceptar su invitación a almorzar, lo dejó enojado. Y él no perdió tiempo en informarla lo que pretendía hacer en retribución, en caso ella volviese a causar cualquier tipo de preocupación ó disgusto a Aysha.

Carlo fue bastante lejos en sus esfuerzos para intentar eximir todas las dudas de Aysha. Ahora sólo faltaba contarle todo. Mostrarle la verdad.

Lee eso, cara.

¿No puede esperar?

Colocando las manos en los bolsillos, él intentó relajar su musculatura, que estaba demasiado tensa.

No.

Al ver su expresión, quedó claro que no ganaría nada con discutir. Aún así, arqueó la ceja con aire curioso, sin abrir el sobre mientras lo encaraba.

Por favor, léelo –insistió él, parecía ansioso. Soltando el cordón que lo mantenía cerrado, Aysha retiró los papeles que estaban dentro.

El primer documento era una única página, con una firma que jamás vio antes reconocida en una escribanía. Con todo, no precisaría la ayuda de nadie para identificar uno de los testigos, pues Samuel Sloane era uno de los hombres más prominentes entre los abogados famosos del país.

Pasando los ojos por el escrito, comenzó a leer con más atención cuando tomó conciencia que se trataba de una declaración atestiguando que Nina di Salvo contrató los servicios fotográficos de William Baker, con instrucciones específicas para fotografiarla en compañía de Carlo Santangelo en posiciones comprometedoras, que habían sido previamente combinadas y entrenadas, por la suma de cinco mil dólares por el negativo.

Aysha pensó en las fotos que Nina le mostró y concluyó que sus sospechas estaban correctas. Todo no pasó de una escenificación. Encarándolo, dijo apenas:

No pensé que ella iría tan lejos.

Él apretó los labios, como si se estuviese conteniendo.

Dudo que esa mujer nos vuelva a molestar en el futuro. Ya me encargué de eso.

Control de daños –murmuró Aysha, observándolo estrechar su mirar y balancear la cabeza afirmativamente. – Un poco de su propia medicina.

Entiendo.

Para alivio de Carlo, ella estaba comenzando a entender. Pero aún había un paso importante a ser dado.

Lee el segundo documento.

Colocando la hoja suelta de vuelta en el sobre, Aysha comenzó a leer con cautela aquello que parecía ser un contrato. A pesar de los términos legales que más complicaban de lo que explicaban, no había dudas de que se trataba: cualquier bien heredado por ambos, de sus respectivos padres, permanecería apenas a nombre de ella, para su uso y fruto personal. Cuando eso pasara, Carlo Santangelo asumiría apenas la responsabilidad financiera por la empresa Benini-Santangelo.

Había apenas una pregunta.

¿Por qué, Carlo?

Porque yo te amo.

Aysha oyó las palabras y su cuerpo entero se estremeció. La quietud de la sala pareció intensificarse hasta el silencio volverse casi tangible.

De algún modo, consiguió levantar el tono de voz y decir:

Si eso es algún tipo de truco ó bromita, puedes dar media vuelta y desaparecer de aquí.

Los ojos de ella quedaron anegados de lágrimas, pues era imposible controlar ó esconder la emoción que estaba sintiendo. Entonces Carlo hizo una expresión enamorada por la cual ella daría la vida sin pensar.

Sosteniendo las manos de ella en una de las suyas, la tomó de la nuca con la otra.

Yo te amo. Te amo en cuerpo y alma, Aysha. Y te amo sólo a ti – dijo él, rozando los labios en el rostro de ella y volviendo a sustentarle el mirar. – Pensé que el amor que había sentido por Bianca era insustituible, pero ahora sé cuanto equivocado estaba. Siempre fuiste tú. Sentí un afecto inmenso desde que te vi nacer, un respeto enorme cuando te vi convertirte en una mujer y una admiración sin igual cuando te vi tomar las riendas de tu vida. –al sostenerla de los hombros y empujada cerca de él, Aysha posó las manos sobre el pecho masculino y lo empujó con delicadeza.

Sería muy fácil dejarse seducir por aquel sueño. Pero aquel momento precisaría estar libre de cualquier duda ó mal-entendido causados por la pasión que llenaba su corazón.

No consigo pensar con claridad cuando me abrazas –dijo Aysha.

El mirar de él era tan expresivo que parecía ser posible ver el alma

de Carlo por entero.

¿Y tan importante es pensar con claridad en este momento?

Si, es.

Él la soltó, pero no se alejó. Su mirada continuó transmitiendo una expresión de pasión sincera y desmedida. Aquello con lo que siempre ella soñó. Algunos segundos pasaron mientras Aysha lo encaraba con intensidad.

La sonrisa de él la desarmó por completo, haciéndola sentir una ola de calor por el cuerpo.

Quieres todo, ¿no?

Los labios de ella se estremecieron mientras se esforzaba por recuperar el control de sus emociones. Pero su cuerpo entero parecía vibrar por dentro, como si todo su ser fuese a derrumbarse en cualquier momento.

Quiero.

Carlo colocó las manos en los bolsillos del pantalón y sonrió de una manera diferente, como si estuviese abriéndose por completo con alguien por primera vez en la vida.

Sabía que si nos casásemos, todo saldría bien. Tenemos historias familiares parecidas, pertenecemos al mismo círculo social, frecuentamos las mismas escuelas, aunque en épocas un poco diferentes, y compartimos muchos intereses. Teníamos una base de amistad y afecto sobre la cual construir un futuro.

Aysha mal podía creer en la expresión de él. Era como si su sonrisa y su mirar fuesen capaces de decir todo aquello sin el uso de palabras.

Carlo prosiguió:

Al comienzo estaba convencido de que eso bastaría. No esperaba que esos sentimientos se desenvolviesen y se transformaran en algo más. Mucho menos en algo genuinamente mayor.

¿Y ahora?

Preciso formar parte de tu vida, quiero que me desees tanto como yo te deseo, como amiga, como esposa, como la otra mitad de mi alma. –sacó las manos de los bolsillos y tomó el rostro de ella con cariño. – Para amarte como te mereces ser amada, de todo corazón, por toda mi vida.

Al sentir las lágrimas que vinieron a sus ojos, Aysha pestañó deprisa para dispersarlas. En aquel exacto momento, se consideró incapaz de pronunciar cualquier palabra.

¿Sería posible que ella tuviese noción de cuan transparente era? La intimidad era un arma poderosa, persuasiva e invasora, y cualquiera podría utilizarla sin el menor esfuerzo. Sería muy fácil aproximar el rostro al de ella, empujarla hacia si y dejarla sentir la reacción que

provocaba en él. Podría acariciar aquel cuerpo maravilloso con las manos, tomar posesión de aquellos labios…

Pero Carlo no hizo nada de eso.

Si.

Al oír aquella simple afirmación, cada músculo de su cuerpo, cada nervio tenso se descontrajo. Nada más importaba, excepto el amor que sentían uno por el otro y la vida que tendrían juntos.

¿Sin restricciones?

Aysha balanceó la cabeza negativamente.

Ninguna.

Los labios de él volvieron a curvarse en una sonrisa, esta vez con trazos de satisfacción.

Ni te imaginas como tu certeza me deja feliz.

Diciendo esto, la empujó junto a él y se apoderó de aquellos labios que tanto esperara besar. El contacto comenzó leve y sutil, como una caricia de provocación sensual. Entonces fue surgiendo un fervor apasionado que la hizo llevar los brazos a sus hombros y entonces enlazar su cuello, acariciándole la base de la nuca con un masaje seductor.

Aysha sintió el cuerpo de él estremecerse bajo sus caricias, mientras se encantaba con la fuerza de aquel beso. Su lengua se encontró con la de él en una especie de danza de seducción.

Las manos grandes y fuertes de Carlo se tornaban tan gentiles mientras exploraban su cuerpo que era casi como si estuviesen en un sueño. Cada roce parecía comenzar una llama local que se sumaba al incendio que ardía dentro de ella.

Parecía haber pasado una era entera en un instante, hasta que él levantó el rostro y la encaró, sustentándola en sus brazos

¿Confías en mí, cara?

Al oír el tono profundo de su voz, fue posible distinguir la seriedad de la pregunta. Sus miradas se encontraron y se sustentaron en un breve y significativo silencio. No había dudas en su mente y mucho menos en su corazón.

Si.

Entonces, ven conmigo.

Está bien.

Ah, cuanta docilidad –la provocó Carlo, mientras rozaba con sus labios la sien de ella.

Aysha colocó las manos a ambos lados de su rostro y lo empujó hacia ella, mientras se inclinaba para besarlo con ardor y pasión.

Fue posible sentir el ritmo del corazón de él acelerarse de manera drástica y ella sintió una ola de placer delante de aquella sensación de

poder tener el control sobre si misma. Carlo interrumpió el contacto con cierta renuencia.

Es muy difícil de resistir la tentación de hacer el amor contigo, aquí mismo, ahora...

Una sonrisa sensual se formó en los labios de ella.

Algo me dice que resistirás.

Las manos de él se deslizaron hasta los hombros de Aysha, presionándolos con cariño.

Por un buen motivo. Al final, se trata apenas de un breve adelanto...

Diciendo eso, le soltó los hombros y la tomó de la mano, empujándola consigo rumbo a la puerta.

¿Acaso tus planes incluyen el detalle de contarme para donde estamos yendo?

A un lugar muy especial.

Llevándola hasta afuera, Carlo la condujo rumbo a la parte trasera de la casa.

¿Aquí? –indagó Aysha, confusa, mientras se aproximaba a la pequeña área cubierta que estaba en medio del jardín adyacente a la piscina.

Las luces se encendieron como en un pase de magia, iluminando la construcción delicada que se asemejaba a una versión moderna de un quiosco de música de una plaza. El brillo relució por la grama recién plantada y por el agua de la piscina, creando un efecto surrealista.

Ela estrechó los ojos al ver un hombre y dos mujeres bajo la delicada estructura, parados de pie delante de una pequeña mesa rectangular que estaba forrada con una tela de encaje blanco. Dos antorchas encendidas liberaban un humo blanco y delicado de llamas brillantes e intensas. Había un maravilloso perfume de rosas en el lugar, como si un hada hubiese sacudido su varita mágica y vuelto todo perfecto.

¿Carlo?

Cuando verbalizó aquel tono indagador, vio la respuesta en aquellos ojos oscuros como la noche, que brillaron con pasión admirable y única. Con amor verdadero.

Esto es para nosotros –murmuró él con cariño, mientras la empujaba junto a él y ajustaba el cuerpo de ella al suyo. – La superproducción del sábado será para satisfacer a nuestros padres y las expectativas de los invitados.

Aysha sentía como si todo su ser estuviese derritiéndose por dentro. Era difícil saber si el deseo que sentía era de reír ó de llorar de alegría.

Hacía menos de dos horas, estaba acostada en la reposera, pensando en las amarguras de su vida.

¿Estás bien? –insistió Carlo.

Los latidos de su corazón se aceleraron aún más, parecían hacer eco en sus oídos. Una sonrisa espontánea se formó en sus labios, reflejando su felicidad interior.

Si.

Hechas las debidas presentaciones, Aysha asumió solemnemente su lugar al lado de él, delante de la jueza de paz. Si la mujer se sorprendió por los trajes inadecuados de los novios, no demostró nada. Actuando con la naturalidad de quien ya oficializara centenas de uniones, hizo un pequeño y significativo discurso sobre el matrimonio que dejó a los novios emocionados.

Carlo le cambió de mano la alianza, pasándola para la izquierda y Aysha hizo lo mismo con la de él enseguida. Su pecho fue apoderado por una ola de emociones cuando la jueza los declaró marido y mujer.

Acercando sus labios a los de él, saboreó aquel beso como ningún otro. Aquello era lo más próximo al paraíso que se podía estar. Fue con un lamento que ella lo dejó alejarse.

El ardor y la pasión estaban allí, como antes, pero mucho más potentes, gracias a la revelación del amor entre ellos. Lanzándole una mirada provocativa, lo vio reaccionar de inmediato, encarándola con un deseo más que evidente.

Había champagne en una hielera y Carlo la abrió, llenando las copas de todos. La bebida de excelente zafra era deliciosa, pero cada minuto de aquel demorado brindis ofrecido por la pareja de testigos parecía demorar una eternidad.

Completadas las obligaciones oficiales y sociales, la jueza se despidió y llevó consigo los testigos que firmaron el acta de matrimonio.

Entregada a los brazos de él, Aysha aprovechó cada momento de aquella noche, registrándolos como tesoros en su corazón.

Ella y Carlo estaban casados.

Era difícil de creer. Había tantas preguntas a ser hechas, pero aquel no era el momento. No aún. Habría mucho tiempo para eso después.

En aquel instante, lo que importaba era saborear el momento.

Estás muy quieta –murmuró Carlo junto a su oído, haciéndola erizarse de placer.

Siento como si estuviésemos solos en el universo –le contestó, en tono soñador, entonces curvando los labios. – Bueno, casi. Sólo es preciso ignorar la vista de la ciudad, las luces de la calle, las casas del barrio y listo.

Muy gracioso. Pensé que, a esta altura, estarías haciendo un millón de preguntas –dijo él, en tono de diversión.

No ahora.

Al responder, ella deslizó la mano por el rostro de él de manera provocante, rozando entonces la punta de las uñas en su cuello, haciéndolo excitarse de inmediato.

Una de aquellas manos fuertes se deslizó por su escote, apoderándose de uno de sus senos y explorando el pezón entumecido. Aysha sintió su cuerpo estremecerse de placer y un gemido escapó por entre sus labios.

Carlo respiró de manera profunda y se alejó. Comenzó a caminar y a llevarla de la mano, rumbo a su coche:

Ven, vamos a salir de aquí.

¿Para dónde vamos?

Reservé una suite para nosotros en un hotel maravilloso. Una cena a la luz de las velas, champagne...

¿Por qué? –preguntó ella, de manera directa. – ¿Para que eso, si lo que precisamos está justo aquí?

Quiero que esta noche sea memorable.

Y lo será –le respondió, en tono de promesa.

¿No quieres en serio un cuarto lujoso, una cena excelente y champagne de la mejor zafra? –insistió Carlo.

Todo lo que quiero eres tú. Sólo tú. El sábado cumpliremos todas esas formalidades. Pasaremos la noche en un hotel y viajaremos a la mañana siguiente, para la luna de miel. Pero esta noche... podremos saciar nuestros deseos.

Él la besó de manera provocante.

¿Comenzando ahora mismo?

¿Aquí? ¿En frente de los vecinos?

Levantándola en brazos, Carlo la cargó para dentro, yendo hacia el cuarto principal, mientras Aysha lo besaba sin parar, dejándolo casi fuera de si.

Cuando fue colocada en el piso, al lado de la cama, ella lo dejó desnudarla lentamente, disfrutando cada momento, cada movimiento. El deseo que sentía aumentaba cada vez más. Parecía imposible esperar que aquella deliciosa tortura acabase.

Al quedar desnuda, no obstante, retribuyó la gentileza, impidiéndole tocarla mientras lo desnudaba y lo acariciaba con el mismo grado de intimidad, haciéndolo gemir mientras se esforzaba para contenerse.

Cuando sus cuerpos se unieron íntimamente, fue algo mucho más grande y más intenso de lo que jamás habían compartido antes. El

éxtasis parecía querer perdurar por la eternidad, tan intenso que los alejó del mundo y de todos.

Conforme fueron recuperando la conciencia del mundo otra vez, sus respiraciones se calmaron y Aysha se dejó reposar en el abrazo de él.

Entonces se le ocurrió una pregunta:

¿Vamos a contarle a nuestros padres?

Carlo rozó con su mejilla lo alto de la cabeza de ella.

Dejemos que una pequeña alteración en el texto de la jueza, de "unión" a "reafirmación de los votos" cuente la historia por nosotros el día de la ceremonia.

Capítulo 11

Aysha despertó con el sonido de la lluvia. Se desperezó con languidez, antes de girar la cabeza para mirar el reloj sobre la mesita de luz. Pasaba un poco de las siete.

En cualquier momento, Teresa golpearía su puerta y el día comenzaría. Con suerte, tendría una hora más, tal vez dos, antes que su madre comenzara a verificar todo en los mínimos detalles.

Aysha se levantó y caminó descalza hasta la ventana. Al alejar la cortina, contuvo un gemido de protesta al ver la lluvia fuerte que estaba cayendo.

Sabía que su madre consideraría eso como un mal augurio y que tendría que contenerse para no contestar contando la verdad.

Había acabado de vestirse y estaba preparándose para descender cuando su celular comenzó a sonar.

¿Carlo?

¿Quién más podría ser?

La voz aterciopelada y grave provocó un escalofrío en Aysha.

Bueno, alguna de mis damas de honor, tu madre, la nonna Benini... –ella rió. – ¿Llamaste por algún motivo en especial?

No estaba más a mi lado cuando te busqué en medio de la noche – protestó, pero con un tono gentil. – Me quedé sólo con el olor de tu perfume en la almohada, recordándome de cuan bueno fue tenerte entre mis brazos. Sentí tu falta, cara.

Aysha cerró los ojos por un instante, alagada.

También estoy sintiendo la tuya. Pero tengo que encargarme de las cosas por aquí.

Dormiste tan poco como yo, ¿no?

Una hora ó dos –respondió ella.

¿Estás vestida?

Si.

Que pena. Mi fantasía tendrá que ser suficiente.

Tú, con seguridad, ya tomaste un baño, te afeitaste y estás pronto para tomar el desayuno, ¿no? –bromeó Aysha. Carlo rió con encanto.

Para ser sincero, no. Estoy acostado en la cama, economizando mi energía.

Sólo de pensar en aquel cuerpo masculino y desnudo acostado entre las sábanas, Aysha sintió una ola de calor.

No creo que debamos hacer esto.

¿Esto qué? –preguntó Carlo.

Sexo por teléfono.

Él rió.

¿Es lo que crees que estamos haciendo?

No lo sé a ciencia cierta –admitió ella, riendo. – De cualquier manera, prefiero un poco más de realismo.

Aysha –Teresa la llamó en la puerta.

Ya estoy yendo, mamma.

No me dejes esperar demasiado hoy en la iglesia, cara –pidió Carlo, mientras ella atravesaba el cuarto.

Llegar por lo menos cinco minutos atrasada ya forma parte de la tradición –bromeó Aysha, abriendo la puerta. – Ciao. –Teresa estaba de pie del lado de afuera.

Buon giorno, querida. –ella miró el celular. – ¿Estabas hablando con Carlo? –sin esperar la respuesta, entró en el cuarto y abrió más las cortinas. – Está lloviendo.

La fiesta comenzará a las cuatro –Aysha recordó.

Antonio pasó tanto tiempo cuidando del jardín en los últimos días –se lamentó Teresa. – Será una pena si no podemos ni siquiera sacar algunas fotos en él.

Podremos sacar fotos en la parte cubierta del jardín, mamma.

Lo sé. Pero las fotos en la parte bajo el cielo abierto quedarían perfectas.

Aysha suspiró. El problema de la persona perfeccionista era que nada estaba a la altura de sus grandes expectativas.

Está pareciendo muy calmada para una novia, querida. –Teresa sonrió.

"Estoy así porque Carlo me ama. Y porque ya estamos casados", Aysha tuvo deseos de responder.

Veme dentro de algunas horas –fue todo lo que respondió, también sonriendo.

Lianna, Arianne, Suzanne y Tessa llegaron a la hora del almuerzo, y luego el ambiente se tornó más que animado con los comentarios hilarantes de las cuatro.

Três chique, querida –bromeó Lianna, mirando a Aysha de arriba a abajo. – Pies descalzos, jeans desbotonados y un top. Sin duda, la última moda para novias modernas. Basta ponerte el velo y causarás la mayor sensación.

Mi madre tendría un infarto. –Aysha rió.

Bien, estamos todas prontas para entrar en acción –dijo Suzanne. – Basta mandar y nosotras comenzaremos.

Juntas, entraron en modus operandi, pero tuvieron que esperar un poco por el peluquero y el maquillador, que llegaron atrasados.

Cuando las damas de honor entraron en el cuarto de la novia, después de ser peinadas y maquilladas en el cuarto de al lado,

encontraron a Teresa chequeando cada uno de los vestidos. Tessa puso los ojos en blanco y lanzó un mirar significativo a las otras.

¿Cuándo llegarán los "diablitos"? –preguntó Lianna.

¡Ah, mi Dios! –Teresa miró a Aysha con aire de preocupación. –¿Viste el recipiente de plástico con pétalos de rosa, en la caja que la florería envió?

Aysha balanceó la cabeza negativamente. Teresa salió del cuarto prácticamente corriendo.

Por el amor de Dios, Aysha –dijo Lianna – métete de una vez en ese vestido que nosotros te ayudaremos y... –un grito de protesta vino de la sala. – Creo que tendremos problemas con los pétalos de rosa, ¿no? –en un tono de conversación informal, continuó: – Voy a ofrecer una ayudita a Teresa, antes que acabe teniendo un infarto de verdad – dijo y salió.

Diez minutos después, Lianna volvió. Al verla, Aysha apenas arqueó una ceja.

Un recipiente con pétalos fue a parar a la casa de Gianna, y no me preguntes como. Pero como precisaremos dos, Giuseppe fue encargado de llenar otro usando las rosas del jardín de Antonio.

¿De quién fue la idea? –Aysha balanceó la cabeza, imaginando como su madre debería estar. –- No me digas. Fue tuya, ¿cierto?

Lianna se inclinó, como quien agradece por los aplausos de una ovación.

Claro, cara. ¿Qué otra elección teníamos? –se oyó un movimiento en la sala. – Oh, oh. Ahí viene la "caballería de las criaturas".

¡Lianna! –todas la censuraron.

Con la ayuda de sus amigas, Aysha finalmente se colocó el vestido todo bordado con perlas. El corsé justo amoldaba su cuerpo perfecto y, a la altura de la cintura, se abría en una amplia falda de tafetán. Sobre ella, caían hileras de perlas bordadas en una camada de encaje. El velo era del más fino tul y quedaba preso por el bellísimo arreglo de perlas y flores de seda que había sustituido la tiara que Aysha usaría al comienzo.

¡Guau! –las cuatro exclamaron, caminando alrededor de ella y admirándola. – Estás hecha una verdadera princesa, querida. liadísima.

Teresa entró de repente al cuarto.

Las criaturas ya están... ¡Dio Madonna! –exclamó, al ver a su hija. – Creo que voy a llorar.

No vas, no –dijo Lianna, haciendo a las otras reír. – Acuérdate del maquillaje. La madre de la novia sólo puede llorar después de la boda.

Teresa no contuvo la risa. Aproximándose a Aysha, la besó en las

mejillas.

Estás linda, querida. Linda... Oh, mis Dios...

¡Opa! –Lianna las interrumpió. – Hora de salir.

Cuando la limusina paró delante de la iglesia, había varias personas esperando del lado de afuera para ver a la novia. Mientras Giuseppe ayudaba a su hija a salir del coche, una serie ininterrumpida de flashes los iluminó.

Cuando todos se posicionaron en la entrada de la iglesia, sonaron los primeros acordes de la Marcha Nupcial. Estaban en medio del largo corredor forrado con una alfombra roja cuando las miradas de Aysha y Carlo se encontraron. Y él sonrió. Le sonrió sólo a ella, y de una forma que solamente ella entendió. Eso se llamaba intimidad, y era maravilloso poder compartir algo así con el hombre que amaba.

Cuando Giuseppe entregó la mano de su hija al yerno, Carlo la tomó con cariño y le besó el dorso. Enseguida, el padre comenzó la ceremonia.

En el momento en que el sacerdote dijo que estaban reunidos para "reafirmar" los votos de casamiento, el detalle no pasó desapercibido a los invitados, dando inicio a un discreto murmullo.

Aysha y Carlo intercambiaron una mirada y una sonrisa mientras la ceremonia proseguía, con el intercambio de alianzas y los juramentos.

Ya dentro de la limusina, camino a la recepción, Aysha pudo finalmente disfrutar de un momento más íntimo con su marido.

Está hermosa –dijo Carlo. – Nunca más voy a olvidar tu imagen entrando en la iglesia y viniendo hasta mí con aquel brillo en la mirada.

Después de un beso, Aysha dijo:

Ahora viene la parte de la torta y el champagne.

Y yo podré bailar con mi esposa.

Si, después de los discursos, de la comida, de las fotos...

Y después de todo podremos ir a casa.

Oh, Dios. Aysha contuvo el aliento. ¿Cómo aguantaría esperar por aquel momento a lo largo de las horas siguientes? La boda, la fiesta y todos los detalles fueron perfectos. En gran parte, gracias a Teresa, Aysha tuvo que reconocerlo. El momento de despedirse de sus padres esta vez fue diferente, haciendo surgir lágrimas no sólo en los ojos de ellos, como en los de ella.

Hubo mucho confeti, arroz y risas en el momento en que los dos escaparon hacia la limusina. El trayecto hasta el hotel de lujo donde Carlo había reservado la suite presidencial por una noche fue bien rápido.

Cuando salieron del elevador, en el último piso, Aysha se sorprendió cuando Carlo la levantó en brazos. Después de intercambiar un beso apasionado, la llevó al cuarto.

Al lado de la cama, sobre una mesita, una hielera de plata con champagne helado los esperaba para la celebración privada. Aysha se quedó esperando que Carlo abriera la botella y rió alto cuando el corcho saltó lejos.

También riendo, Carlo llenó dos copas y le entregó una a ella.

Por nosotros.

Por nuestra felicidad. Siempre –completó ella, brindando con él.

Después de probar la bebida, Carlo tomó las copas y las dejó sobre la mesa. Entonces tomó el rostro de ella entre sus manos.

Yo te amo, Aysha. –el beso que intercambiaron fue suave, apasionado. – ¿Ya te dije cuan linda estás?

Si. –ella sonrió. – Varias veces.

Esta vez, el beso fue más osado y las provocaciones sensuales de Carlo encendieron de deseo el cuerpo de ella.

Sólo una cosa más –dijo Aysha, teniendo que esforzarse para alejarse un poco.

Cualquier cosa –respondió Carlo, con voz ronca. – Cualquier cosa, cara. Basta pedir.

Ella sonrió y cerró los ojos cuando él le besó la curva sensible del cuello.

Tengo una cosa para ti –le dijo.

No preciso más nada, excepto a ti.

Aysha lo besó brevemente, antes de alejarse e ir a buscar un sobre blanco que mandó dejaran en el cuarto.

¿Qué es esto? –preguntó Carlo.

Ella sonrió. Bastó un llamado con instrucciones específicas sobre su deseo de pasar sus bienes igualmente a nombre de Carlo y su abogado se encargó del resto. Después, todo lo que ella tuvo que hacer fue leer y firmar el contrato. Un contrato que demostraba su total confianza en su marido.

Ábrelo y velo por ti mismo –le dijo.

Carlo estrechó su mirar y abrió el sobre lentamente. Entonces tomó los papeles y comenzó a leerlos. Su expresión se fue modificando conforme fue entendiendo de qué se trataba y lo que ella había hecho.

Por fin, bajó los documentos y la miró con atención.

Aysha...

Te amo, Carlo. Siempre te amé. –Aysha siempre tuvo la duda si conseguiría contener tanto amor en su corazón. Por lo visto, eso era más que posible. – Siempre te voy a amar.

Carlo sonrió. Ese era el mejor regalo que él podría recibir.

Lo sé –le dijo a ella, en un tono irresistiblemente cariñoso. – Ven acá…

Empujándola con gentileza hacia él, la abrazó con un cariño infinito. Los papeles fueron a parar al piso cuando le cubrió los labios en un beso ardiente. Un beso que indicaba que, de momento, él tenía otros planes en mente.

El paraíso no podría ser mucho mejor que eso, pensó Aysha, mientras se rendía a los brazos de su marido. Cuando volvió a abrir los ojos, ya estaba acostada en la cama, con el lindo rostro de Carlo encima del suyo.

Ti amo –le susurró a él. – Ti amo.

Carlo la besó de un modo posesivo, como si quisiese guardar consigo para siempre el sabor dulce de los labios de ella.

In eterno –murmuró él.

Por la eternidad y, con certeza, un poco más allá…